

# **El Jugador de Ajedrez**

**Escrito por el autor austriaco de origen judio: Stefan Zweig (1880-1942)**

**Editorial Juventud, Barcelona 1955**

A bordo del gran trasatlántico se alistaba para abandonar a medianoche el puerto de Nueva York con destino a Buenos Aires, reinaba la agitación característica de los momentos que preceden a la partida. Los últimos viajeros embarcaban escoltados por una multitud de amigos; los repartidores de telegramas, con el gorro ladeado, nombraban a gritos a los destinatarios, a quienes buscaban a través de los salones; los mozos transportaban baúles y cestas de flores, y los niños de los viajeros corrían curioseando el barco, mientras la orquesta tocaba y tocaba sin cesar con mucho brío.

En el puente-paseo, un poco apartados del bullicio general, charlábamos un amigo y yo cuando vimos brillar algo así como unos relámpagos. Eran las luces de que se valían los fotógrafos para obtener los retratos de algún personaje de importancia antes de la partida. Mi compañero miró hacia donde habían brillado los relámpagos y sonrió:

—Lleva usted como compañero de viaje a un pez gordo: Czentovic...

Y como yo pusiese cara de no comprender, porque no me sonaba aquel nombre, añadió:

—Se trata de Mirko Czentovic, el campeón mundial de ajedrez. Acaba de cruzar los Estados Unidos de este a oeste, saliendo vencedor de todos los torneos y ahora se va a cosechar nuevos laureles a la Argentina.

Yo me acordé entonces del joven campeón y de algunas particularidades de su asombrosa carrera. Mi amigo, que solía leer los periódicos con más aplicación que yo, completó mis recuerdos con gran cantidad de anécdotas.

-----

Hacia alrededor de un año que Czentovic se había puesto de pronto a nivel de los grandes maestros, convirtiéndose en la más famosa celebridad del tablero blanco y negro. Alekhine, Capablanca, Tartakower, Lasker, Bogoljubow, no tenían nada que enseñarle. Desde que, en 1922, Rzecewski, el niño prodigio de siete años, se distinguió en el torneo de Nueva York, nadie había visto a un personaje oscuro atraer con tanta brillantez la atención del mundo sobre la ilustre cofradía de los jugadores de ajedrez. Porque las facultades intelectuales de Czentovic en ningún caso hubieran permitido predecirle un brillante porvenir. Corrió el rumor de que este campeón era incapaz de escribir una sola frase, sin cometer faltas de ortografía, incluso ni en su propia lengua, y que, según las palabras de un contrincante despechado, "su incultura era enciclopédica".

Czentovic era hijo de un miserable batelero del Danubio, cuya embarcación fue hundida una noche por un vapor cargado de trigo. A la muerte de su padre, el chiquillo, que tenía doce años, fue recogido por el cura de su pueblo, un excelente hombre que se esforzaba cada noche en que el muchacho aprendiese las lecciones que no era capaz de retener en la escuela, haciéndoselas repetir infinidad de veces. Pero el paciente clérigo no obtuvo el menor éxito con el muchacho. Mirko inclinaba su ancha frente sobre los caracteres escritos que le habían sido explicados ya cientos de veces, mirándolos con ojos vacíos; su cerebro era impotente para retener ni siquiera

las lecciones más elementales. A los catorce años tenía aún que ayudarse de los dedos para poder contar y sólo conseguía leer un periódico después de enormes esfuerzos. Nadie hubiera podido decir, sin embargo, que todo aquello era cuestión de mala voluntad. El pobre hacía dócilmente todo cuanto le ordenaban: acarreaba agua, cortaba leña, trabajaba en el campo, limpiaba la cocina... En una palabra, desempeñaba concienzudamente, aunque con lentitud desesperante, todos los servicios que se le encomendaban.

Pero lo que apenaba, sobre todo, al buen cura protector de Czentovic era la indiferencia total del extraño muchacho. Jamás emprendía nada por su cuenta, jamás hacía una pregunta y ni jugar siquiera con los chicos de su edad. Tan pronto como su tarea estaba terminada, se le veía ir a sentarse en cualquier rincón, con el aire ausente y vago de los borregos en el pastoreo y sin tomarse el menor interés por lo que pasara a su alrededor.

Por la noche, el cura encendía su larga pipa y jugaba sus tres partiditas de ajedrez habituales con el sargento de los guardias. Mirko aproximaba entonces a la mesa su pelambreira rubia y permanecía silencioso como siempre, pero con los ojos muy fijos en el tablero, aquellos ojos que parecían medio dormidos e indiferentes bajo los gruesos párpados.

Durante una de aquellas veladas de invierno, mientras los dos jugadores estaban absortos en el movimiento de sus piezas, se oyeron tintinear muy cerca los cascabeles de un trineo que se deslizaba a toda marcha por la calle y que se detuvo en la puerta.

Un campesino, con la gorra cubierta de nieve, entró precipitadamente en la habitación y rogó al señor cura que le acompañase para administrar la extremaunción a su anciana madre, que se moría. El cura le siguió sin tardar. Entonces el sargento, que no había terminado aún de beber su vaso de cerveza, dio unas chupadas a la pipa y se dispuso a calzar de nuevo sus gruesas botas para marcharse. Entonces advirtió que la mirada de Mirko seguía fija y absorta, con obstinación, en el tablero, donde quedó la partida comenzada.

—¿Qué...? ¿Quieres acabarla conmigo?—dijo bromeando y persuadido de que el muchacho no sería capaz ni siquiera de mover un peón.

Mirko levantó tímidamente la cabeza, dijo por señas que sí, y se sentó en la silla en que había estado sentado el cura. En catorce jugadas solamente el sargento quedó vencido y obligado a reconocer que su fracaso no era debido a ninguna distracción suya. Con la segunda partida ocurrió exactamente igual.

—¡Este es el milagro de la burra de Balaam!—gritó el cura, estupefacto, cuando a su regreso se enteró de lo ocurrido.

Y explicó entonces al sargento—menos versado que él en las Sagradas Escrituras— que dos mil años antes se había producido ya el prodigio de que una criatura muda e irracional pronunciase palabras prudentes y llenas de buen sentido.

A pesar de la hora avanzada, el sacerdote no pudo contener el deseo de medir sus fuerzas con las de su protegido. Mirko le venció también sin ninguna dificultad. Desplegaba un juego lento, tenaz, imperturbable, sin levantar jamás aquella ancha frente inclinada sobre el tablero. Pero la seguridad de su táctica era indiscutible; ni el sargento ni el cura consiguieron en los días siguientes ganarle una sola partida.

El buen sacerdote, que conocía mejor que nadie el retraso de su pupilo en todos los órdenes, sentía curiosidad por saber hasta dónde llegaba aquel don

singular. Condujo a Mirko a la barbería e hizo que le cortaran aquella pelambrera de color de paja para ponerle más presentable y le llevó en trineo a la pequeña ciudad vecina. Conocía allí a algunos buenos jugadores de ajedrez más expertos que él y que se pasaban la vida sentados alrededor de la mesa de juego en un rincón del café de la Plaza Mayor.

Cuando entró el cura empujando a aquel muchacho de quince años, de cabellos claros, coloradas mejillas y cubierto con una zamarra de piel de borrego, los habituales del café abrieron los ojos de par en par. El chico quedó plantado allí en medio, muy tímido, con la vista baja, hasta que le llamaron para sentarse a una de las mesas. Perdió la primera partida, porque nunca había visto a su excelente protector ni al sargento practicar la llamada "defensa siciliana". La segunda vez consiguió que la partida, contra el mejor jugador del grupo, quedara en tablas y a los siguientes los fue venciendo uno después de otro.

De este modo aquella pequeña ciudad yugoslava fue teatro de un acontecimiento palpitante, y los notables locales asistieron a los sensacionales comienzos de aquel rústico campeón. Se decidió por unanimidad retener al joven prodigio hasta el día siguiente, a fin de poder informar de su presencia a los otros miembros del Club y, sobre todo, al viejo conde Simczic, un ajedrecista fanático. El cura, que miraba a su pupilo con un orgullo recién nacido, no podía, sin embargo, descuidar sus deberes dominicales, y se declaró dispuesto a dejar a Mirko en compañía de aquellos señores para que realizase todas las pruebas que se le exigiesen. El mozo fue instalado en el hotel por cuenta de los jugadores y pudo asombrarse aquella noche al ver, por primera vez en su vida, un cuarto de aseo con ciertos adelantos que le dejaron maravillado.

El domingo por la tarde, en un salón abarrotado de público, Mirko permaneció jugando, sin moverse, durante cuatro horas y venció a todos sus adversarios sin pronunciar una palabra ni levantar los ojos del tablero. Alguien propuso que se jugase una partida simultánea. Costó gran trabajo explicar al pobre rústico que en esta clase de partidas llamadas simultáneas él tenía que jugar solo contra varios jugadores; pero, una vez que lo hubo comprendido, se puso a la obra sin tardar, yendo de una mesa a otra lentamente y haciendo mucho ruido con sus gruesas botas. En estas condiciones ganó siete partidas sobre ocho que se jugaron.

Los jugadores deliberaron ampliamente acerca del caso. Aunque el nuevo campeón no fuese natural de la ciudad, en el sentido estricto de la palabra, el "espíritu de campanario" se despertó en ellos. ¡Quién sabía si aquella localidad, cuya existencia estaba apenas marcada sobre el mapa, no iba a hacerse ilustre dando al mundo un hombre célebre!

Un empresario llamado Keller, que se dedicaba de ordinario a proveer de canciones y canzonetistas al cabaret frecuentado por la tropa, se ofreció a conducir al joven fenómeno a Viena y llevarlo a casa de un gran maestro del ajedrez, que acabaría de iniciarle en aquel difícil arte. Era preciso, tan solo, que alguien se prestase a correr con los gastos de un año de estancia en la capital. El conde Simczic, quien, en sesenta años de práctica diaria del ajedrez, no había encontrado un adversario tan asombroso, firmó un cheque inmediatamente. Así comenzó la extraordinaria carrera del hijo de aquel pobre batelero del Danubio.

En seis meses, Mirko se puso al corriente de todos los secretos de la técnica del ajedrez, a la que se limitaban todos sus conocimientos, como pudieron apreciar todos aquellos que le rodeaban.

Cosa curiosa es que Czentovic no pudo conseguir jamás jugar una sola partida de memoria o, dicho en términos técnicos, a ciegas. Era incapaz de visualizar el tablero de forma imaginaria en el espacio. Tenía necesidad absoluta de ver ante sí, reales y palpables, los sesenta y cuatro cuadros negros y blancos y las treinta y dos figuras del juego. Incluso cuando llegó a ser célebre en el mundo entero, llevaba siempre consigo un tablero de bolsillo para poder tener a la vista en cualquier momento la posición de las piezas si quería resolver algún problema o reconstruir una partida de campeonato.

Este defecto, sin ninguna importancia por sí mismo, demostraba, no obstante, su falta de imaginación y era comentado vivamente entre los que le rodeaban, igual que hubiera ocurrido entre los músicos si se hubiese dado el caso de que un virtuoso o un director de orquesta distinguido se mostrara incapaz de tocar o de dirigir sin tener la partitura delante de los ojos.

Pero esta particularidad no retrasó, en ningún caso, los asombrosos progresos de Mirko. A los diecisiete años había ya cosechado una docena de trofeos. A los dieciocho era campeón de Hungría y a los veinte campeón del mundo. Los más audaces jugadores, aquellos que en inteligencia, imaginación y arrojo aventajaban infinitamente a Czentovic, no pudieron resistir a su implacable y ruda lógica. Se encontraban ante él como Napoleón ante el tenaz Kutuzow o como Aníbal ante Fabio Cunctator, quien, según cuenta Tito Livio, presentaba también en su primera juventud síntomas indudables de imbecilidad.

La ilustre galería de los grandes campeones del tablero comprendía hasta entonces los más diversos tipos de inteligencia: filósofos, matemáticos, cerebros imaginativos y frecuentemente creadores, pero era la primera vez que se deslizaba entre ellos un personaje extraño por completo al mundo intelectual, un aldeano pesadote, taciturno, del cual los más hábiles periodistas no lograron extraer una sola palabra que sirviera para sus artículos, aunque bien es cierto que se veían compensados ampliamente por la serie de anécdotas que se contaban de él a propósito de su rusticidad y torpeza. Porque si bien la maestría de Czentovic era indiscutible ante el tablero, desde el instante en que lo abandonaba se convertía en un individuo cómico y hasta grotesco, no obstante su ceremonioso frac negro y sus corbatas pomposas, adornadas con una gruesa perla. A pesar de que llevaba las manos cuidadas y las uñas pulidas, conservaba las maneras del muchacho rústico y cerrado que barría en otro tiempo la casa del señor cura.

Con un torpe impúdico cinismo, que regocijaba y escandalizaba al mismo tiempo a sus colegas, Mirko sólo pensaba en sacar de su talento y su renombre la mayor cantidad de dinero que fuera posible. Su avaricia no retrocedía ante ninguna mezquindad. Viajaba mucho, pero siempre se alojaba en hoteles de tercer orden, y no tenía inconveniente en jugar en los clubs de más ínfima categoría, con tal que le pagasen bien. Se le vio retratado anunciando una marca de jabón, y sin preocuparse de los maldicientes, que le sabían incapaz de escribir una frase correctamente, vendió su firma a un editor para publicar un tratado de filosofía del ajedrez. En realidad, la obra había sido escrita por un estudiante de la Galitzia por encargo de un editor muy vivo para los negocios.

Como todos los tozudos, Czentovic no tenía el menor sentido del ridículo. Desde que era campeón del mundo, se creía el personaje más importante de la Humanidad. La conciencia que tenía de sus victorias sobre otros hombres más inteligentes, brillantes y cultivados, así como el saber, sobre todo, que ganaba más dinero que ellos, transformaron su timidez nativa en una fría presunción que exhibía groseramente.

"Pero ¿cómo un éxito tan rápido no había de trastornar y emborrachar a un hombre de cerebro tan vacío?—concluyó mi amigo, después de haber dibujado algunos rasgos característicos de la pueril suficiencia de Czentovic—: ¿cómo pretender que un tosco campesino del Banato, de veinte años de edad, no se emborrachase de vanidad viendo que le bastaba mover unas piecitas sobre un tablero a cuadros para ganar en una semana mucho más dinero que ganan en un año todos los habitantes de su aldea cortando leña y haciendo otros penosos trabajos? ¿No es natural que se crea un gran hombre, cuando no tiene ni la menor idea de que hayan existido en el mundo un Rembrandt, un Beethoven, un Dante o un Napoleón? La única idea que se alberga detrás de su frente obtusa es la de que desde hace años no ha perdido una sola partida de ajedrez; y como no sospecha que en el mundo existen otros valores fuera del ajedrez y del dinero, le sobran razones para sentirse encantado de sí mismo."

-----

El relato de mi amigo excitó vivamente mi curiosidad. Las gentes poseídas por una sola idea me han intrigado siempre, porque cuando más limitado es un espíritu, más se acerca al infinito. Esas gentes que viven solitarias en apariencia, construyendo con sus materiales particulares y a la manera de los termitos unos mundos en miniatura, son caracteres muy notables.

Declaré, pues, mi intención de observar de cerca a aquel singular espécimen de desenvolvimiento intelectual unilateral, y de emplear en aquella tarea los doce días de viaje que nos separaban de Río Janeiro.

—Tiene usted pocas probabilidades de lograr su propósito—me dijo mi amigo—; nadie, que yo sepa, ha conseguido, hasta ahora, extraer de Czentovic la menor información psicológica. Detrás de su insondable idiotez, este rústico es lo bastante astuto para no transparentarse. Es sencillo; evita toda conversación, fuera de la de los compatriotas de su especie que encuentra en las tabernas frecuentadas por él. En cuanto huele que en su alrededor hay un hombre instruido, se encierra en su concha como las tortugas. Nadie puede, por tanto, vanagloriarse de haberle oído decir una tontería o de haber medido la extensión de su "enciclopédica ignorancia"

La experiencia debía justificar aquellas palabras. Durante los primeros días del viaje me fue forzoso reconocer que no había modo humano de aproximarse a Czentovic, a menos de hacer gala de una grosera indiscreción que no entraba en mis gustos ni en mis costumbres.

Czentovic se paseaba con frecuencia por el puente, pero siempre con un aire reconcentrado y hostil hacia el resto de los paseantes, con las manos cruzadas a la espalda, en la actitud en que un cuadro muy conocido representa a Napoleón, y cuando menos se esperaba abandonaba el lugar con tanta brusquedad y precipitación que hubiera sido preciso seguirle al trote para lograr

dirigirle la palabra. No se le veía ni en el bar, ni en el salón de fumar, ni en los otros salones. Un camarero me confió que el campeón pasaba la mayor parte del tiempo metido en su camarote, entrenándose ante un gran tablero de ajedrez

Tres días bastaron para convencerme de que su táctica defensiva era más fuerte que mi voluntad de abordarla. Me quedé muy contrariado porque hasta entonces no había tenido ocasión de conocer en persona a ningún campeón de ajedrez, y cuanto más me esforzaba en representarme cómo podía ser un tipo así, tratado de cerca, menos lo lograba. ¿Cómo imaginarse un cerebro dedicado de forma exclusiva a una superficie compuesta por sesenta y cuatro cuadros blancos y negros sin hacer caso del resto de los aspectos de la vida ?

Yo conocía bien, por experiencia, el misterioso atractivo de ese "juego de reyes", el único entre todos los juegos que escapa soberanamente a la tiranía del azar, el único en el que la victoria se debe a la inteligencia; o, más bien, a una cierta clase de inteligencia. Pero llamarle "juego", ¿no es limitarle injuriosamente? ¿No es también una ciencia, un arte algo sutil que está suspendido entre uno y otro jugador, como lo está el féretro de Mahoma entre el cielo y la tierra? El origen del juego de ajedrez se pierde en la noche de los tiempos, y, sin embargo, resulta siempre nuevo; su marcha es mecánica, pero su resultado se debe siempre a la imaginación de los jugadores; está estrechamente limitado a un espacio geométrico fijo, y, sin embargo, sus combinaciones son ilimitadas. Persigue un desenvolvimiento continuo, pero permanece estéril. Es un pensamiento que no conduce a nada, una matemática que no establece nada, un arte que no deja obra, una arquitectura sin materia... Pero ha demostrado, sin embargo, ser más perdurable, a su modo, que los libros o que cualquier otro monumento. Es un juego único, que pertenece a todos los pueblos y a todos los tiempos, y del que nadie sabe cuál de los dioses hizo don a la tierra para matar el tedio, para aguzar el ingenio y estimular el alma. ¿Dónde comienza? ¿Dónde acaba? Un niño puede aprender sus reglas; un ignorante puede adquirir una maestría de género único si está adornado de este don especial. La paciencia y la técnica se unen en el jugador a una visión penetrante de las cosas para hacer hallazgos como en matemáticas, en poesía, en música...

En otros tiempos, la pasión por la ciencia hubiese quizás empujado a un Gall a disecar el cerebro de un campeón de esta especie para ver si presentaba unas circunvoluciones particulares, un músculo o una joroba característica que le distinguiera de los otros hombres. ¡De qué modo le hubiera interesado un caso así, un hombre en quien el clon específico del juego de ajedrez se aliase a una pereza intelectual total, como un filón de oro surge en la roca bruta! Ciertamente, yo comprendía, en principio, que un juego tan particular, tan genial, produjese maestros y hasta verdaderos fenómenos. Pero ¿cómo concebir la vida de una inteligencia enteramente reducida a este estrecho recorrido, únicamente ocupada en hacer avanzar y retroceder treinta y dos piezas sobre unos cuadros blancos y negros, dedicando a aquel ir y venir toda la gloria de su vida? ¿Cómo imaginarse a un hombre que considera como

una proeza el hecho de abrir el juego con un caballo, en lugar de abrirlo con un peón, y que inscribe su pequeña parte de inmortalidad en el rincón de un libro consagrado al ajedrez? ¿Cómo imaginarse, finalmente, que un hombre, un hombre dotado de inteligencia, pueda volverse loco y arrojar toda la fuerza de su pensamiento sobre este fin ridículo: inmovilizar a un rey de madera en el ángulo de una pequeña chapa?

Y ahora que un parecido fenómeno y también un singular genio, o, si se prefiere, un loco tan enigmático se encontraba por primera vez junto a mí, en el mismo barco, seis camarotes tan sólo más allá del mío, veía que se me negaba la posibilidad de aproximarme a él, habiendo yo sentido una curiosidad tan apasionada por los misterios del espíritu humano.

Me puse a inventar las estratagemas más absurdas. ¿Y si le pidiera un interviú para un supuesto periódico? ¿Y si le propusiera un lucrativo torneo en Escocia? Por último, acordándome de que el cazador atrae la pieza imitando su grito en la estación del celo, pensé que, seguramente, jugando al ajedrez lograríamos atraer, mejor que con ninguna otra cosa, la atención de aquel jugador profesional.

A decir verdad, yo no he sido nunca un serio artista en el campo ajedrecístico, puesto que nunca juego más que por entretenerme y únicamente me siento ante el tablero para descansar de otras preocupaciones. Yo juego en el verdadero sentido de la palabra, es decir, me distraigo. Además, en el ajedrez, como en el amor, hace falta encontrar pareja, y yo no sabía si encontraría a bordo otros aficionados además de mi mujer y yo. Para atraerlos, si es que los había, nosotros nos instalamos en el salón de fumar ante un tablero y nos pusimos a jugar. No habíamos aún movido diez veces las piezas cuando un curioso, y otro, y otro más tarde, vinieron a pedirnos permiso para mirar cómo jugábamos.

Por fin, uno de ellos me rogó que le concediera una partida. Era un ingeniero escocés apellidado Mac Connor y que, según me dijeron, había levantado una gran fortuna cavando pozos de petróleo en California. Rechoncho, con la mandíbula cuadrada y los dientes sólidos, debía, en parte, la viva coloración de su piel a una afición muy pronunciada por el *whisky*. Su sorprendente anchura de hombros se hacía sentir incluso en el juego, porque Mac Connor pertenecía a esa clase de seres que han triunfado en la vida y están tan pagados de sí mismo que consideran como una humillación personal el hecho de perder algo, aunque sea una inofensiva partida de ajedrez. Acostumbrado a imponerse brutalmente, y mimado por la vida y por el éxito, aquel *selfmade man* macizo estaba tan poseído de su superioridad, que miraba toda oposición como un desorden y casi como una injuria. Perdió, por tanto, su primera partida de muy mal talante, y se puso a explicarme, de modo autoritario, que su fracaso era debido a una pequeña distracción. En la tercera echó la culpa al ruido que hacían en la habitación vecina. No perdía jamás sin reclamar el desquite. Aquel encarnizamiento me divirtió al principio, pero no vi en él más que una circunstancia secundaria que incluso favorecía mis proyectos.

Al tercer día, mi estratagema dio resultado, aunque solamente a medias. Czentovic nos había visto por la ventana mientras paseaba por el puente, o bien era que se le había ocurrido aquel día honrar con su presencia el salón de

fumar. El caso fue que le vimos llegar, dar algunos pasos involuntarios en dirección nuestra y arrojar, aunque a distancia, una mirada de experto sobre el tablero ante el que nosotros practicábamos su arte. Mac Connor estaba justamente a punto de mover un peón. Aquel simple movimiento bastó para mostrar al maestro hasta qué punto nosotros éramos poco dignos de su real interés. Con el mismo gesto con que se rechaza, sin hojearla, una mala novela policiaca en los estantes de una librería, Czentovic se apartó de nuestra mesa y abandonó el salon. "Nos ha encontrado demasiado ligeros después de sopesarnos", me dije yo a mí mismo, un poco molesto por aquella mirada despectiva. Después, dando curso a mi mal humor, dije a Mac Connor:

—No parece que la jugada de usted haya encantado al maestro...

—¿Qué maestro?—preguntó el escocés. Yo le expliqué que aquel señor que acababa de pasar cerca de nosotros, arrojando sobre el tablero una mirada de desaprobación, era Czentovic, el Campeón mundial de ajedrez.

—Pero no nos queda otro remedio—añadí—que soportar la afrenta y acomodarnos a su desprecio, sin enfermar de rabia. La gente pobre tiene que conformarse con guisar con agua.

Estas palabras, dichas un poco en broma, produjeron en Mac Connor un efecto sorprendente. Se mostró .excitadísimo hasta el punto de olvidar la partida que estábamos jugando. La vanidad hinchaba las venas de sus sienes. Declaró que no tenía la menor idea de que Czentovic estuviese a bordo y que quería, *costase lo que costase*, jugar una partida con él, puesto que jamás había jugado con un campeón de tal clase. Me preguntó si yo conocía al ilustre personaje, y como le contestase que no, sugirió que yo podría abordarle y rogarle que se reuniera con nosotros. Me negué alegando que Czentovic, a mi juicio, no parecía deseoso de hacer amistades en el barco. Por otra parte, me parecía que una partida de ajedrez jugada entre un Campeón mundial y unos jugadores de tercera clase, como éramos nosotros, no tendría el menor interés ni constituiría diversión alguna.

Confieso que no debí emplear la expresión "jugadores de tercera clase" ante un hombre tan vanidoso como Mac Connor; pero el efecto fue magnífico. El hombre se echó hacia atrás, declaró que, por su parte, no creía a Czentovic capaz de declinar la cortés invitación de un *gentleman* y que iba a ocuparse en seguida del asunto. En cuanto yo le hube descrito, a instancias suyas, los rasgos más significativos del carácter del campeón, se lanzó impetuosamente en su busca.

Yo me percaté unavez más de que no podría llevar la contraria al afortunado poseedor de una musculatura tan fuerte cuando se le metía una idea en la cabeza, y me dispuse a esperar con un poco de ansiedad. Al cabo de diez minutos Mac Connor regresó. No parecía más calmado.

—¿Qué pasó?—le pregunté.

—Tenía usted razón—respondió—. Ese señor es poco amable. Me he presentado a él y no me ha hecho caso. Ni siquiera me ha dado la mano. Me he esforzado entonces en explicarle lo dichosos que seríamos todos los pasajeros si se dignase aceptar una partida simultánea contra nosotros. Al oírme se puso tieso como una estaca y me respondió que lo sentía mucho, pero que estaba comprometido, mediante contrato, a no jugar durante el curso

de su jira actual sin percibir honorarios. Ello le obligaba a pedirnos un *mínimum* de doscientos cincuenta dólares por partida.

Yo me eché a reír y dije a Mac Connor:

—Jamás pude pensar que el hecho de trasladar unos peones desde un cuadro negro a otro blanco, o viceversa, resultase *un* negocio tan lucrativo. Me imagino que, en vista de ello, usted se habrá despedido en seguida con una cortés reverencia.

Pero Mac Connor, absolutamente serio y un poco cortado, me dijo:

—La partida se jugará mañana, a las tres de la tarde, en este mismo salón. Espero que no nos dejaremos ganar tan fácilmente...

—¡Ah...! Pero... ¿es que ha aceptado usted esas condiciones?—grité consternado.

—¿Por qué no? *C'est son métier* (\*). Si yo tuviese dolor de muelas y hubiera un dentista a bordo no se me ocurriría pedirle que me sacara una muela gratuitamente. Czentovic tiene razón. Las gentes de verdad capaces, siempre saben, y deben, administrarse bien. En cuanto a mí, estimo que cuanto más claro es el trato da mejores resultados. Prefiero pagar y no tener que recibir favores del señor Czentovic y, a la postre, quedarle agradecido. A fin de cuentas, ya me ha ocurrido mi club perder más de doscientos cincuenta dólares en una noche, y eso sin experimentar el placer de jugar con un campeón mundial. Para "un jugador de tercera clase" no es vergonzoso resultar derrotado por un Czentovic.

Sin duda, el amor propio de Mac Connor se había visto profundamente herido por aquella expresión de "jugador de tercera clase" que yo había lanzado. Pero, puesto que estaba decidido a correr con los gastos de aquel costoso placer, yo no debía oponer objeción ninguna al proyecto que iba a permitirme, por fin, ver de cerca al singular personaje que excitaba mi curiosidad.

Nos precipitamos a informar del acontecimiento a los cuatro o cinco jugadores de ajedrez que conocíamos a bordo y, a fin de estar lo más tranquilos que fuera posible al día siguiente, hicimos que nos reservaran todas las mesas vecinas de la nuestra.

Al día siguiente, a la hora fijada, no faltaba nadie en nuestro grupo. Naturalmente, acordamos reservar a Mac Connor el sitio que quedaba frente al maestro. Muy nervioso, el escocés encendía cigarro tras cigarro y consultaba sin cesar el gran reloj del salón.

El ilustre campeón se hizo esperar sus buenos diez minutos, lo que no me extrañó después de los relatos de mi amigo, e hizo luego su aparición con un insolente aplomo. Se dirigió hacia la mesa de juego con paso tranquilo y mesurado, desdeñando la obligada presentación. "Todos ustedes saben quién soy yo y, en cuanto a mí, no me interesa lo más mínimo saber quiénes son ustedes", parecía decir mientras organizaba el juego con sequedad profesional.

Como no era posible jugar una partida simultánea por faltar el número suficiente de tableros, Czentovic propuso que jugásemos todos juntos contra él. Después de cada movimiento se iría a la esquina opuesta de la habitación, a fin de no turbar nuestras deliberaciones. Tan pronto como

hubiéramos movido la pieza, tocaríamos con una cucharilla en un vaso para advertirle, puesto que no había timbre a mano. Si no existía inconveniente por nuestra parte, podría fijarse en diez minutos el tiempo de intervalo entre dos movimientos. Nosotros aceptamos,

naturalmente, todas sus proposiciones con timidez de colegiales.

La suerte concedió las negras a Czentovic. En réplica a nuestra apertura, él movió la primera pieza sin sentarse siquiera, marchando en seguida hacia el fondo de la habitación y, ocupando el sitio que había escogido previamente para esperar, se puso a leer un periódico ilustrado.

El relato, con todo detalle, de aquella partida ofrecería, sin duda, poco interés. En veinticuatro movimientos nos batió a todos, lo que no resultó asombroso, puesto que era lógico que un campeón mundial pudiese vencer cómodamente a una docena de jugadores mediocres. Lo que nos resultaba más desagradable era la despectiva suficiencia con que Czentovic nos hacía sentir su superioridad. Apenas si se dignaba arrojar sobre el tablero una mirada distraída y desdeñosa, considerándonos también a nosotros, los jugadores, como inertes piezas de madera o perros sarnosos a los que se lanza un hueso sin volverse a mirarlos. "Si este hombre tuviese un poco de delicadeza—me decía a mí mismo—atraería nuestra atención sobre las faltas cometidas por nosotros y nos animaría con alguna palabra amable", Pero nada de eso; cuando la partida hubo terminado, aquella especie de máquina de jugar al ajedrez pronunció despectivamente la palabra "¡Mate!", y quedó después inmóvil y mudo, como esperando saber si deseábamos empezar de nuevo.

Como uno, en general, se encuentra desprovisto de medios de lucha ante personas tan secas e insensibles, yo me levanté significando así que estimaba terminada la diversión. Pero, con gran asombro y un poco de rabia por mi parte, oí que Mac Connor decía a mi lado, con voz ronca y palabra entrecortada: "¡Desquite!"

Me quedé espantado de su tono provocativo. Mac Connor recordaba en aquel momento más al boxeador que va a asestar un golpe que a un *gentleman* bien educado. ¿Era aquello consecuencia de la forma poco agradable en que nos había tratado Czentovic o, simplemente, de la ambición enfermiza del escocés? No sé; pero, de cualquier modo, Mac Connor parecía haber cambiado de naturaleza. Rojo hasta la raíz de los cabellos, con las ventanitas de la nariz dilatadas, sudaba visiblemente y se mor

día con furor los labios. Una profunda arruga quedaba marcada entre su boca y su voluntarioso mentón, y en sus ojos reconocí con inquietud esa llama de loca pasión que no se observa de ordinario más que en los jugadores de ruleta cuando, por sexta o séptima vez, han apuntado doble sobre un color que se empeña en no salir. Yo preveía que aquel amor propio tan furibundo iba a costarle toda su fortuna y que estaba dispuesto a jugar una y otra vez contra Czentovic hasta ganarle siquiera una partida. Y si el campeón perseveraba, Mac Connor sería para él una mina de oro, de la que extraería sus buenos millares de dólares antes de que tuviésemos tiempo de llegar a Buenos Aires. Czentovic permaneció impassible.

—Como usted guste—respondió cortés—. Ahora les toca a estos señores tomar las negras.

La segunda partida comenzó como la primera, con la única diferencia de que nuestro círculo se había animado con la presencia de algunos curiosos. Mac Connor miraba fijamente al tablero y se hubiese dicho que quería magnetizar las piezas para conducir las a la victoria. Yo tenía la impresión de que el escocés hubiese dado de buena gana mil dólares sólo por el placer de gritar "¡Mate!" a su poco galante adversario. Con aquella actitud logró comunicarnos, aun a pesar nuestro, un poco de su encarnizamiento. Discutíamos cada jugada con más pasión que anteriormente y no lográbamos ponernos de acuerdo hasta el último instante, cuando había que dar la señal a Czentovic, a fin de que volviese a la mesa. Así habíamos llegado al momento de la jugada número diecisiete y con verdadera sorpresa y aturdimiento comprobamos que la situación se presentaba ventajosa para nosotros, puesto que habíamos logrado llevar el peón de la columna c hasta la casilla c2; no nos restaba, por tanto, más que avanzarle a e3 para transformarlo en una nueva dama. Pero, a decir verdad, no nos tranquilizaba lo más mínimo aquella favorable probabilidad tan evidente. Todos sospechábamos que Czentovic, que tenía, sin duda, mucha más vista que nosotros, nos tendía aquel cebo con malas intenciones. Pero por mucho que buscábamos y discurríamos no nos era posible descubrir la trampa en que pensaba cazarnos.

Por último, y como el plazo reglamentario tocaba a su fin, nos decidimos a correr el riesgo. Ya Mac Connor empujaba el peón cuando alguien le agarró bruscamente del brazo y le habló con viveza al oído:

—¡Por amor de Dios, no haga usted eso!

Involuntariamente nos volvimos todos y pudimos ver a un hombre como de cuarenta y cinco años, de rostro anguloso, al que yo había visto alguna vez paseando por el puente y que me había llamado la atención por su palidez extrema. Debió aproximarse a la mesa mientras estábamos absortos en alguna jugada difícil. Al darse cuenta de que nuestras miradas se fijaban en él, añadió con precipitación:

—Si ustedes convierten el peón en reina, ahora el adversario les atacará inmediatamente con el alfil en e3 y ustedes responderán con el caballo. Pero, entre tanto, él amenazará la torre de ustedes en a1 con su peón libre e, incluso, si ustedes dan jaque con el caballo, estarán perdidos y serán derrotados en nueve o diez jugadas. Éstas son, poco más o menos, las posiciones de Alekhine y Bogoljubow cuando el gran torneo de Pistyan en 1922,

Sorprendido, Mac Connor soltó la pieza que tenía en la mano y miró maravillado, como todos nosotros, a aquel hombre que parecía caernos del cielo como un ángel salvador. Para poder prever con nueve o diez jugadas de anticipación quién daría mate, debía ser, sin duda, un profesional distinguido, quién sabe si un contrincante de Czentovic que acudía a tomar parte en el mismo campeonato. Su llegada y su repentina intervención en un momento tan crítico parecían algo así como un milagro. Fue Mac Connor quien se rehizo el primero.

—¿Qué me aconseja usted?—murmuró muy excitado.

—No avance ahora y preocúpese de prevenirse contra el adversario. Ante todo, aleje el rey de esa peligrosa línea g8-h7. Es casi seguro que su contrincante

atacará el otro flanco, pero usted lo interceptará con la torre, c8-c4; eso le costará dos jugadas, un peón y su superioridad, no importa porque luego usted luchará con su peón libre contra otro peón libre, y si usted se defiende bien, conseguirán quedar en tablas. Es lo más que puede conseguirse habiendo llegado a esta altura de la situación.

Nosotros estábamos cada vez más asombrados. La precisión y la rapidez de los cálculos de aquel hombre resultaban desconcertante?; se hubiese dicho que estaba leyendo todo en un libro\* Las risueñas posibilidades que se abrían ante nosotros de llegar a hacer tablas, gracias a él, contra un campeón mundial, parecían cosa de magia. De común acuerdo nos apartamos todos para dejarle ver mejor el tablero. Mac Connor repitió:

—¿Mover el rey de g8 a h.7?

—¡Ciertamente! Es precisa prevenirse contra el adversario.

Mac Connor obedeció y nosotros tocamos con la cucharilla en el vaso para que regresase Czentovic. Éste se aproximó con su paso tranquilo y, de una ojeada, apreció la respuesta que habíamos dado a su jugada anterior. Después empujó un peón desde h2 a h4 sobre el otro flanco del rey, exactamente como lo había previsto nuestro salvador desconocido, quien, luego de irse el Campeón, nos conminó en seguida sin vacilar:

—La torre... Ponga a avanzar la torre de c8 a c4 para que él se vea obligado a proteger el peón. Eso no le servirá de mucho, desde luego, pero a ustedes les dará una oportunidad extra. Atáquen entonces con el caballo, c3-d5, sin preocuparse de su peón libre, y la situación quedará reestablecida. De allí en adelante avanzarán, sin que sea necesario ya preocuparse por la defensa.

Nosotros no comprendíamos bien lo que quería decir y, en algunos momentos, nos daba la impresión de que hablaba en chino. Mac Connor, subyugado, hizo lo que se le ordenaba, sin pararse a reflexionar.

El vaso tintineó de nuevo. Por primera vez, Czentovic no jugó inmediatamente. Miró, en primer lugar, el tablero con atención muy sostenida y después realizó con exactitud la jugada que nuestro consejero desconocido había previsto. Luego, cuando creíamos que se disponía a alejarse, se produjo un hecho nuevo e inesperado: Czentovic levantó los ojos y nos examinó a todos con atención. Buscaba, evidentemente, saber quién era el que le oponía de pronto tan enérgica resistencia. Desde aquel momento, nuestra excitación subió de punto y ya no conoció límites. Era cierto que hasta entonces no alimentábamos la menor esperanza; pero, desde aquel momento el posibilidad de aplastar la fría arrogancia de Czentovic hacía que nos hirviese la sangre en las venas. Ya nuestro nuevo y providencial amigo tenía decidida la jugada siguiente.

Mis dedos temblaban cuando tomé de nuevo la cucharilla para llamar a Czentovic golpeando en el cristal del vaso. Entonces conocimos nuestro primer triunfo. El campeón, que había jugado siempre de pie, estuvo dudando unos momentos y acabó por sentarse, es decir, se dejó caer a pesar suyo sobre la silla, cesando así de marcar, físicamente al menos, su superioridad sobre nosotros. Por fin, le habíamos obligado a colocarse al mismo nivel que todos los demás, siquiera fuese solamente en el espacio.

Reflexionó largo tiempo inclinado sobre el tablero y, aunque apenas veíamos sus ojos por debajo de los sombríos párpados, se le veía hacer tan gran esfuerzo que a veces abría la boca, lo que daba a su cara redonda una

expresión de pájaro bobo. Al cabo de algunos momentos hizo su jugada y se levantó de nuevo.

Nuestro amigo murmuró en seguida:

—¡Muy bien jugado! Se ve que no quiere comprometerse. Pero no se dejen atrapar. Oblíguenle a escoger, ¡Es preciso!, a fin de obtener las tablas. Entonces nada podrá salvarle.

Mac Connor obedeció. En seguida los dos adversarios se entregaron, sobre el tablero, a un manejo del cual nosotros, comparsas inútiles, no comprendíamos absolutamente nada. Después de seis o siete partidas de la misma especie, Czentovic permaneció durante un buen rato pensativo y después declaró:

—¡Tablas!

Hubo un instante de silencio absoluto entre nosotros, hasta el punto de que por primera vez llegaba al salón de fumar el rumor de las olas. La radio de la habitación vecina nos enviaba música de *jazz*, cada paso dado sobre el puente resonaba con claridad y se percibía hasta el ligero silbido del viento que pasaba bajo los intersticios de las ventanas. Con la respiración cortada por la rapidez del acontecimiento, Nos encontrábamos todos verdaderamente asombrados por lo inverosímil de la aventura. ¿Cómo aquel desconocido había podido casi ganar la partida a un campeón mundial, habiendo intervenido en ella cuando ya iba por la mitad? Mac Connor se echó de pronto hacia atrás y exhaló un "¡ah!" gozoso. Yo observé a Czentovic. Me había parecido que palidecía levemente durante las últimas jugadas, pero era un hombre que sabía contenerse. Siempre tieso e indiferente, preguntó con una voz que no había medio de interpretar, mientras rechazaba con la mano las piezas del tablero:

—¿Desean estos señores jugar una tercera partida?

Hizo la pregunta de manera puramente objetiva, en plan de hombre de negocios. Pero al pronunciar aquellas palabras no se dirigía a Mac Connor, como parecía natural, puesto que era él quien pagaba, sino que arrojó una mirada penetrante en dirección a nuestro salvador. Igual que un caballo que sabe reconocer un buen jinete hasta en el pesebre, Czentovic debía haber reconocido a su verdadero adversario en las últimas jugadas de la partida. Involuntariamente habíamos seguido su mirada y volvimos la nuestra hacia el extraño. Sin dejarle tiempo para reflexionar ni siquiera para responder, Mac Connor gritó, dando rienda suelta a su orgullo triunfante:

—¡Naturalmente! Pero esta vez jugará usted solo contra él. ¡Usted solo contra Czentovic!

Un hecho sorprendente se produjo entonces. Nuestro salvador, que había permanecido extrañamente absorto en el tablero, se sobresaltó al sentir los ojos de todos los presentes fijos en él, y cuando se vio aludido con tal entusiasmo, pareció turbarse.

—¡No, no, señores! De ninguna manera—tartamudeó confuso—. ¡Es imposible...! No podría explicarles a ustedes... Hace veinte o veinticinco años que no había visto un tablero... He intervenido en su juego sin su permiso y ahora advierto que no he debido hacerlo. Perdonen a este importuno, que promete no volverlo a hacer. ¡Se lo aseguro!

Y antes de que nos hubiésemos repuesto de la sorpresa, aquel hombre extraño abandonó el salón.

—¡Esto no puede quedar así! — gritó el ruidoso Mac Connor golpeando la mesa con el puño cerrado—. ¡Veinticinco años hace que ese hombre no ha tocado un tablero! ¡Eso es absolutamente imposible! ¿Han visto ustedes de

qué modo combina cada jugada y cómo conocía de antemano la táctica del adversario? Nadie puede jugar así de improviso. ¿No es cierto?

Se había vuelto hacia-Czentovic al decir estas últimas palabras, pero el campeón permaneció impasible.

— Yo no puedo juzgar. Aunque reconozco que ese señor ha jugado de manera interesante y por eso le he dado, de forma intencional, una posibilidad de ganar — dijo mientras se levantaba, añadiendo con cierto desdén — : Si alguno de estos señores desea jugar una partida mañana, estaré a su disposición a partir de las tres de la tarde...

No pudimos reprimir una leve sonrisa. Sabíamos muy bien que Czentovic no se mostraba generoso hacia nuestro salvador desconocido y que su observación no era más que un cándido subterfugio con el que trataba de ocultar su descalabro. Por ello acrecentó nuestro deseo de abatir tanto orgullo. Hasta aquel momento no habíamos sido más que unos apacibles e indolentes pasajeros, pero de pronto nos vimos poseídos de un humor salvaje y batallador ante la idea de que allí mismo, en el barco, Czentovic podría sentir que le arrebataban sus laureles. ¡Sería un *record* que la radio anunciaría inmediatamente al mundo entero!

A todo aquello se añadía el atractivo del misterio en medio del cual había aparecido nuestro héroe y el contraste entre su modestia, casi excesiva, y la gigantesca arrogancia del profesional.

¿Quién era aquel desconocido? ¿Habíamos descubierto por azar un nuevo genio del ajedrez o, por el contrario, se trataba de un verdadero maestro, que nos ocultaba su nombre por motivos imconfesables? Nos debatíamos alrededor de las más variadas preguntas en medio de la mayor animación, y las hipótesis más audaces no eran aún bastante para conciliar la timidez del desconocido y su sorprendente confesión, con su manifiesto conocimiento del juego del ajedrez.

En un punto, sin embargo, coincidíamos todos: era necesario, a toda costa, decidir al desconocido a jugar una partida contra Czentovic al día siguiente, puesto que Mac Connor se comprometía a asegurar los riesgos financieros del asunto. Nos decidimos a interrogar al camarero, y supimos de este modo que nuestro admirado 'salvador era austriaco. En vista de ello puesto que se trataba de un compatriota, fuí encargado de hablar con. él y convencerle para que atendiera nuestro requerimiento.

!No me costó trabajo reunirme con él en cubierta, que era donde se había refugiado! Allí leía echado en una tumbona. Antes de abordarle, lo consideré con detenimiento. Su cabeza angulosa se apoyaba en los cojines en actitud cansina, y la asombrosa palidez de su rostro, relativamente joven, me impresionó de nuevo. Tenía el pelo completamente blanco y sentí, no sé por qué, la impresión de que aquel hombre había envejecido rápida y prematuramente. Se levantó muy cortés cuando me aproximé a él, y se presentó. Llevaba el apellido de una noble familia austriaca muy considerada, y yo me acordé de que un amigo de Schubert y uno de los médicos del Emperador se apellidaron también del mismo modo.

Cuando le hube comunicado nuestro deseo, pareció muy desconcertado. Descubrí que él no tuvo la menor idea de que jugaba contra un campeón y, menos aún, contra el campeón más célebre de la época. Este hecho pareció

impresionarle en gran manera y me preguntó muchas veces si estaba seguro de lo que decía y si su adversario de por la tarde era verdaderamente un maestro tan reputado. Aquello facilitó mi tarea. Sin embargo, observaba en mi compatriota tanta delicadeza, que juzgué oportuno ocultarle los riesgos materiales que el señor Mac Connor tomaba a su cargo.

Después de un momento de duda, el señor B. (le llamaremos así) se decidió a aceptar el desafío.

—Pero—añadió con una sonrisa pensativa—diga usted a esos señores que no deben fundar grandes esperanzas en mí. Ignoro, en verdad, si soy o no capaz de jugar una partida de ajedrez según las reglas de este juego. Créame usted que no había por mi parte ninguna falsa modestia cuando afirmaba no haber tocado una pieza desde hace más de veinticinco años. Y le aseguro que yo no era entonces más que un jugador insignificante.

El hombre decía aquello con tanta sencillez y un acento tan sincero, que no era lícito dudar de su lealtad. Sin embargo, no pude contener la expresión de mi asombro ante el hecho evidente de que recordase tan exactamente las tácticas de los diferentes maestros que él había citado.

No cabía duda de que se había interesado mucho por el ajedrez, al menos teóricamente. Al oír estas palabras, en los labios del señor B. se dibujó una sonrisa extraña.

—Sí, me he ocupado mucho del ajedrez. ¡Sólo Dios sabe hasta qué punto es así ! Pero la cosa se produjo en circunstancias tan particulares, que pueden calificarse de únicas. Es una historia bastante complicada y que podría, además, servir de ilustración sobre esta "encantadora" época en que vivimos. Si tuviera usted la paciencia de escucharme durante una media hora...

Con un gesto me invitó a sentarme en otra tumbona al lado de la suya. Yo acepté de buen grado. Estábamos solos. El señor B. se quitó las gafas y comenzó así:

—Usted ha tenido la amabilidad de decirme que es vienés y que conoce bien el apellido que llevo. Sin embargo, me imagino que no habrá oído apenas hablar del bufete de abogado que yo dirigía, primero con mi padre y luego solo; porque nosotros no defendíamos causas resonantes, de esas de que se ocupan los periódicos, y tampoco buscábamos aumentar nuestra clientela. Puede decirse que, prácticamente, no pisábamos los estrados, limitándonos a ser consejeros o asesores jurídicos y a administrar los bienes de los grandes conventos, con los cuales mi padre, antiguo diputado del partido clerical, mantenía estrechas relaciones.

"Además—y hoy puedo decirlo, puesto que la monarquía pertenece ya al dominio de la Historia—, algunos miembros de la familia imperial nos habían confiado la administración de su fortuna. Los lazos que nos unían a la corte y al clero databan de dos generaciones; uno de mis tíos había sido médico del Emperador y otro abad de Seitenstten, y nosotros no teníamos que hacer más que conservarlos. Era la nuestra una actividad tranquila, casi muda, que habíamos recibido como herencia y que no exigía apenas, para ser desempeñada y conservada, más que una extrema discreción y una honestidad a toda prueba, dos cualidades que mi difunto padre poseía en alto grado. Él logró que sus clientes conservaran una parte considerable de su fortuna a pesar de la inflación y la revolución.

"Cuando Hitler subió al poder en Alemania y comenzó a expropiar a la Iglesia y a los conventos, se hicieron por mediación nuestra, diversas transacciones y negociaciones al otro lado de la frontera para evitar, al menos, la confiscación de los bienes muebles de nuestros clientes. En aquellos momentos, mi padre y yo tuvimos conocimiento de muchas cosas referentes a la política secreta de Roma y de la Casa Imperial que el gran público no sabrá jamás. Pero precisamente el carácter discreto de nuestro bufete—ni siquiera teníamos placa en la puerta—y la prudencia con la cual evitábamos ostensiblemente la frecuentación de los medios monárquicos, parecían ponernos al abrigo de cualquier investigación inoportuna. El hecho es que ninguna autoridad austríaca llegó a sospechar jamás que el correo secreto de la Casa imperial pasaba casi en su totalidad por aquel insignificante despacho que nosotros teníamos montado en el cuarto piso de una modesta casa.

"Pero los nacionalsocialistas, mucho antes de lanzar sus ejércitos contra el mundo entero, habían organizado en todos los países vecinos otra legión igualmente peligrosa y bien entrenada: la de los amargados y los resentidos que viven bajo todos los regímenes políticos, que surgían en aquel momento en los despachos de todas las empresas y que tenían puestos de espionaje incluso en las habitaciones privadas de Dollfuss y de Schuschnigg. Yo supe, ¡Ay!, demasiado tarde que esas legiones subterráneas tenían también "su hombre" en nuestro pequeño bufete. A decir verdad, no era éste más que un miserable escribiente al que habíamos empleado por recomendación de un cura, a fin de dar a nuestro despacho el aspecto de una oficina normal. No confiábamos a aquel hombre más que menesteres sin ninguna importancia, como el de responder al teléfono y el de poner en orden algunos papeles insignificantes. En ningún caso estaba autorizado para abrir el correo; yo escribía personalmente todas las cartas importantes, sin dejar copia en el despacho, me llevaba a casa todos los documentos de algún valor y celebraba mis consultas secretas en el rectorado del convento o en casa de mi tío.

"Gracias a estas precauciones, nada interesante había que espiar en el bufete, y fue preciso un azar desgraciado para que el ambicioso individuo advirtiera que no nos fiábamos de él y que todo pasaba a espaldas suyas. Es posible que durante mi ausencia algún mensajero imprudente hablase de "Su Majestad" en lugar de hablar del "barón de Bern", como habíamos nosotros convenido en llamarle, y también es posible que el malandrín abriese algunas cartas, contraviniendo las órdenes recibidas. De lo que no hay duda es de que desde Munich o Berlín le encargaron vigilarnos estrechamente y que yo no me di cuenta de ello ni tuve la menor sospecha. Fue mucho más tarde, estando ya detenido, cuando caí en cuenta y recordé el celo súbito de que había dado pruebas en los últimos tiempos de su servicio y la insistencia con que se ofrecía para llevar las cartas al correo. Hubo en ésto un poco de imprevisión de mi parte, lo confieso, pero sírvame de disculpa que también muchos diplomáticos y militares fueron engañados por la perfidia de aquellas bandas de espías.

"Yo tuve pronto una prueba tangible de la atención especial que me dedicaba la Gestapo. La noche misma en que Schuschnigg dimitió, o sea la víspera de la entrada de Hitler en Viena, fui detenido por los hombres de la S. S. Por suerte, había quemado los papeles de más importancia tan pronto como oí por radio el

discurso de Schuschnigg diciendo adiós a su pueblo; y, un momento antes de que los esbirros llamaran a mi puerta, acababa de enviar a mi tío, en un cesto de ropa y por intermedio de mi antigua y fiel ama de llaves, todos los papeles necesarios para el reconocimiento de los títulos que su convento y dos archiduques poseían en el extranjero.

El señor B. interrumpió su relato para encender un cigarro. La viva luz de la llama iluminó su boca, permitiéndome apreciar el tic nervioso que me había impresionado ya antes y que consistía en un retorcimiento de la comisura derecha de los labios. No era más que un movimiento fugaz apenas perceptible, pero daba a todo su rostro una expresión extrañamente inquietante. En seguida prosiguió:

—Usted se imagina, sin duda, que voy a hablarle ahora de uno de esos campos de concentración donde fueron conducidos tantos y tantos austríacos; por el delito de querer permanecer fieles a su patria y disentir del nuevo régimen, que voy a describirle las torturas y las humillaciones que allí se padecieron. Pero no es así, porque a mí no me ocurrió nada de eso.

Yo fui clasificado en otra categoría. No se me puso entre aquellos desgraciados sobre los que se descargaba la venganza de un largo resentimiento mediante humillaciones físicas y morales, sino en otro grupo menos numeroso y del que los nacionalsocialistas esperaban sacar dinero o informaciones importantes. Mi modesta persona, en sí misma, no representaba ningún interés para la Gestapo.

"Debía saberse, sin embargo, en las altas esferas que nosotros éramos los administradores y los hombres de confianza de los más encarnizados adversarios del partido, y lo que se deseaba obtener de mí, eran confidencias e informes. Informes que se transformarían en pruebas abrumadoras contra los conventos para justificar la confiscación de sus bienes y que servirían también para actuar contra la Casa imperial y contra todos los monárquicos fieles. Se decía, no sin razón, que las fortunas que pasaron por nuestras manos habían debido dejar restos considerables en algún lugar inaccesible. En vista de ello se me detuvo desde el primer día, para intentar hacerme hablar por medio de aquellos métodos que ya habían dado resultados excelentes en casos similares.

"Las gentes pertenecientes a la categoría en la que me habían clasificado no iban a los campos de concentración; se les reservaba un trato especial. Usted recordará probablemente que ni nuestro canciller ni el barón de Rothschild fueron encerrados tras las alambradas de un campo, sino que se les hizo el aparente favor de instalarlos en un hotel, donde tuvieron cada uno su habitación particular. Era éste el hotel "Metropol", el mismo en que la Gestapo había instalado su cuartel general. Aunque yo no era más que un oscuro personaje, obtuve el mismo privilegio.

"¡Una habitación particular en un hotel! ¿Puede soñar un prisionero con un trato más humano? Y, sin embargo..., ¡Créame usted!, el hecho de que se nos alojase en habitaciones con calefacción en lugar de hacerlo en las barracas heladas y abarrotadas de un campo de prisioneros, significaba un trato más refinado, pero no más humano. Porque la presión que se trataba de ejercer sobre nosotros, a fin de arrancarnos los informes que se pretendían, era de una especie; más sutil que la de los latigazos y otras torturas

corporales. Se nos sometía al aislamiento más refinado y pérfido que se pueda imaginar. No nos hacían absolutamente ningún daño; nos dejaban únicamente solos e indefensos frente al vacío total—¡la Nada!—, y es notorio que ninguna otra cosa en el mundo oprime de tal forma el alma y el corazón humanos. Creando alrededor de cada uno de nosotros un vacío absoluto, confinándonos en una habitación herméticamente cerrada al mundo exterior, se usaba de un medio de presión que nos forzaría a hablar con más seguridad que los golpes y el frío.

"Mirada a primera vista, la habitación que me asignaron no tenía nada de inconfortable. Había allí una puerta, cama, una silla, lavabo y una ventana con reja. Pero la puerta permanecía cerrada de día y de noche y por la ventana no se veía más que un muro. Me estaba rigurosamente prohibido tener un libro, un papel o un lápiz. Alrededor mío no había más que la Nada y en ella estaba hundido. Me arrebataron el reloj, a fin de que no pudiese medir el tiempo; el lápiz para que no pudiese escribir y el cortaplumas para que no pudiese abrirme las venas, y hasta se me negó la distracción y alegría de un cigarrillo. No veía más rostro humano que el del vigilante, que tenía orden de no dirigirme la palabra y no responder a ninguna pregunta. Jamás en el tiempo que estuve allí encerrado oí una voz humana.

"Aquel régimen que, día y noche, privaba a mis sentidos de todo alimento, me dejaba solo, desesperadamente solo, frente a mí mismo y frente a cuatro o cinco objetos mudos: la mesa, la cama, la ventana, el lavabo... Vivía como el buzo bajo la campana de cristal en aquel negro océano de silencio, pero como un buzo que presiente ya que la cuerda que le ligaba al mundo se ha roto y que jamás saldrá de aquellas mudas profundidades. Yo no tenía nada que hacer, nada que oír, nada que ver; alrededor mío reinaba la Nada absoluta, el vacío sin dimensiones en el espacio y en el tiempo. Iba y venía dentro de la habitación como los pensamientos iban y venían dentro de mi cabeza, sin tregua, siguiendo el mismo movimiento.

"Pero, por muy desprovistos de materia que parezcan, los pensamientos también tienen necesidad de un punto de apoyo, a falta del cual comienzan a girar sobre sí mismos en una ronda loca. Los pensamientos, las ideas, no soportan la Nada tampoco. Desde la mañana a la noche se espera algo que nunca llega. Sin embargo, se sigue esperando... Se espera, se espera, se espera siempre. Los pensamientos dan vueltas y más vueltas alrededor de la cabeza, hasta que las sienas duelen y parece que van a estallar. Nunca pasa nada. Uno está solo, solo, solo...

"Aquello duró quince días, durante los cuales viví absolutamente fuera del mundo. Podría haber estallado la guerra y yo no lo hubiera sabido. Mi mundo se componía únicamente de una mesa, una puerta, cama, una silla, lavabo, una ventana y cuatro paredes sobre las que yo miraba fijo el mismo papel. Cada línea de su dibujo estaba grabada, burilada más bien, en mi cerebro a fuerza de tanto y tanto mirarlas.

"Por fin comenzaron los interrogatorios. Me llamaban bruscamente, sin que yo supiera bien si era de noche o de día. Me conducían a no sabía dónde, a través de los corredores. Me hacían esperar no sabía cuánto tiempo en alguna parte y después me encontraba, de pronto, ante una mesa, alrededor de la que estaban sentados algunos personajes vestidos de uniforme. Sobre la mesa había montones de papeles, un expediente que yo no sabía lo que contenía y comenzaban las preguntas, las francas y las pérfidas, las que

llevaban escondidas otras y las que trataban de hacerme caer en ellas como en una ratonera. Mientras yo respondía, unas manos extrañas y hostiles manejaban aquellos papeles, de los que yo ignoraba todo, y una pluma alevosa levantaba el acta sin que yo supiese tampoco lo que escribía.

"Lo que resultaba más temible para mí durante aquellos interrogatorios era no poder adivinar lo que, gracias a su anterior espionaje, la Gestapo conocía realmente de la marcha de mis asuntos y lo que ahora pretendían saber por mí mismo. Como ya le he dicho, yo había enviado a mi tío, en el último momento y por medio de mi ama de llaves, los documentos más comprometedores. ¿Habría podido la buena mujer entregarlos? ¿Hasta qué punto me había traicionado el escribiente que me espiaba? ¿Qué cartas mías habían interceptado? ¿Qué habían logrado aquellas gentes sacar quizá de cualquier fraile hábilmente interrogado en uno de los conventos que nosotros representábamos...?"

"Me preguntaban... me preguntaban siempre. ¿Qué títulos había yo adquirido para éste o aquel convento? ¿Con qué bando sostenía correspondencia? ¿Conocía al señor Tal o al doctor Cual? ¡Recibía cartas de Suiza y de Steenockerzeel? Y como yo no podía hacerme una idea exacta de lo que ellos conocían ya, cada una de mis respuestas comportaba una aplastante responsabilidad. Si decía algo que ellos no supieran aún, podría quizás ocasionar la muerte de cualquier persona; si, por el contrario, callaba demasiado, me perjudicaba a mí mismo.

"El interrogatorio no era, sin embargo, lo peor. Lo peor era el retorno a la Nada, a aquel mismo cuarto, ante la misma mesa, la misma cama, el mismo lavabo, el mismo papel de las paredes. Porque apenas volvía a quedarme solo con mis pensamientos, me ponía a rehacer el interrogatorio y a pensar en lo que habría debido responder a tal o cual cosa, que siempre era más hábil de lo que en realidad respondí, y en lo que diría la próxima vez para disipar la sospecha que, quizás, había despertado por una respuesta mal reflexionada. En aquella soledad yo meditaba, examinaba, controlaba cada una de mis declaraciones, repasando las preguntas y las respuestas y tratando de adivinar lo que el hombre que escribía podría haber registrado, aun a sabiendas de que no llegaría a conseguirlo jamás.

"Aquel cúmulo de pensamientos desencadenados daban vueltas y vueltas alrededor de mi cabeza, haciendo sin cesar entre sí nuevas combinaciones y persiguiéndome hasta durante el sueño. De este modo, a pesar de haber terminado el interrogatorio, mi propio espíritu prolongaba inexorablemente su tormento con más crueldad que los jueces, quienes daban por terminada la audiencia al cabo de una hora, mientras que, en mi cuarto, la soledad hacía interminable aquella: tortura. Alrededor mío jamás había otra cosa que la mesa, el armario, la cama, el papel pintado, la ventana. Ni un solo motivo de distracción... Ni un libro, ni un periódico, ni otro rostro que no fuera el mío, ni un lápiz que me hubiese permitido tomar notas, ni una cerilla para jugar, nada, nada, nada. Sí, no hay duda de que el que había inventado aquel sistema espantoso de la habitación del hotel era un genio diabólico, un matador, no de cuerpos sino de almas. En un campo de concentración me hubiera visto obligado a sacar guijarros de algún sitio hasta que mis manos sangrasen y se me helaran los pies; habría estado amontonado, con otros veinticinco infelices, en la frialdad y la pestilencia. Pero, al menos, hubiera visto rostros amigos, hubiera podido distraer la mirada en un árbol, una estrella, algo, en fin, cambiante y

distraído, en lugar de aquel cuarto inmutable, tan horriblemente parecido siempre a sí mismo dentro de su fija inmovilidad. Allí no había nada que pudiera distraerme de mis propios pensamientos, de mis locas imaginaciones, de mis recapitulaciones enfermizas. Eso era justamente lo que pretendían mis verdugos: hacerme recocer mis pensamientos hasta que me ahogasen y no me quedara otra cosa que hacer más que escupirlos, confesar, confesar..., confesarlo todo, entregar indefensos a mis amigos, proporcionando todos los informes que aquellas gentes deseaban. Yo sentía que mis nervios, poco a poco, comenzaban a relajarse bajo la atroz presión que procuraba tensarme hasta el límite de mis fuerzas, a fin de encontrar una distracción, un escape.

"Buscando el modo de estar ocupado, recitaba o reconstruía, mejor o peor, todo lo que aprendí de memoria en otros tiempos: canciones populares, versos infantiles, pasajes de Hornero aprendidos en el colegio, artículos del Código Civil... Luego trataba de hacer cálculos, de sumar y de dividir cantidades; pero en aquel inmenso vacío, mi memoria no lograba retener nada, no podía concentrarme sobre ninguna cosa concreta. El mismo pensamiento se deslizaba por todas partes: "¿Qué es lo que saben de mí estas gentes? ¿Qué dije ayer? ¿Qué es lo que debo decir la próxima vez que me llamen?"

"Cuatro meses viví en aquellas condiciones indescriptibles. ¡*Cuatro meses!* ¡Se dice y se escribe muy pronto! Basta un cuarto de segundo para articular esas pocas sílabas: cua-tro me-ses. Muy pocos caracteres bastan para escribirlas... Pero ¿Cómo pintar, cómo expresar lo que significa una vida que transcurre fuera del espacio y del tiempo? Nadie logrará hacerse una idea de cómo roe, de cómo destruye el vacío inexorable y de qué modo actúa sobre uno la vista de aquella perpetua mesa, de aquella perpetua cama, de aquel perpetuo lavabo, de aquel papel de la pared... El silencio horrible en que uno se ve sumido; la actitud del vigilante que deja la comida ante el prisionero, sin dignarse siquiera dirigirle una mirada. Unos pensamientos, siempre los mismos también, giran y giran en el vacío alrededor del desdichado solitario, hasta que éste termina por volverse loco.

"Yo me di cuenta, mediante ciertos detalles intranquilizadores, de que mi cerebro comenzaba a flaquear. Al principio conservaba la cabeza clara en presencia de los jueces y hacía declaraciones tranquilas y bien reflexionadas. Me daba cuenta perfectamente de lo que había que decir y de lo que era preciso callar. Pero llegó un momento en que no podía articular ni la frase más sencilla sin tartamudear, porque, mientras la pronunciaba, no podía evitar el seguir hipnotizado por la pluma del escribiente que corría sobre el papel, como si yo también quisiese correr detrás de mis propias palabras. Sentía que mis fuerzas disminuían y que se aproximaba el momento en que la esperanza de salvarme me haría decir todo lo que sabía y más aún. Para escapar del atrozamiento mortal de la Nada, yo traicionaría a doce hombres entregando sus secretos, aunque ello no me valiese más que de un instante de tregua.

"En ese estado de ánimo me encontraba cuando el vigilante introdujo la comida. Sin poder contenerme, le grité en el momento en que se marchaba:

"—¡Lléveme ante los jueces! ¡Lo diré todo! ¡Diré dónde están los papeles, dónde está el dinero! Lo diré todo..., ¡todo!

"Por fortuna, aquel hombre no me oyó o quizá no quiso oírme. En ese mismo estado me encontraba cuando se produjo el inesperado acontecimiento que significó mi salvación, al menos durante un cierto tiempo.

"Era un día sombrío y desagradable de fines de julio. Me acuerdo muy bien de este detalle porque la lluvia tamborileaba en las ventanas a lo largo del corredor por el que me conducían al interrogatorio. Me hicieron esperar en el antedespacho, porque era preciso esperar siempre mucho tiempo antes de comparecer, lo que formaba parte del método. Se comenzaba por quebrantar los nervios del inculcado enviando a buscarle bruscamente en medio de la noche, y después, cuando éste había logrado ya rehacerse y acumular energías en vista de la audiencia que le aguardaba, se le hacía esperar, esperar absurdamente en pie durante una hora, dos horas, tres horas, antes de comenzar a interrogarle, a fin de aniquilar su cuerpo y su alma.

"Hacia ya dos horas largas que yo permanecía de pie en la famosa sala de espera aquel jueves 27 de julio. Y me acuerdo tan precisamente de la fecha porque había un calendario colgado que la señalaba. Y mientras las piernas se me clavaban en el cuerpo a fuerza de estar de pie—y estaba rigurosamente prohibido sentarse—, yo devoraba con los ojos, en mi sed de lectura, aquellas palabras: "jueves 27 de julio", que se destacaban contra la pared.

"Después me puse a mirar hacia la puerta, preguntándome cuándo se abriría y a reflexionar en lo que me preguntarían los jueces aquella vez, aun a sabiendas de que nunca habían de dirigirme las preguntas para las cuales yo me preparaba. A pesar de la ansiedad de aquella espera, a pesar de la fatiga que me causaba, significaba de todos modos una distracción, un cambio, el encontrarme en una habitación distinta de la mía, un poco más grande, esclarecida por dos ventanas, sin cama y sin lavabo, y cuyo zócalo no presentaba aquella grieta en la que yo me había fijado ya miles de veces. El barnizado de las puertas y ventanas era diferente; la silla también. A la izquierda de la puerta había un armario lleno de expedientes y una percha de la que colgaban tres o cuatro capotes militares mojados: los capotes de mis verdugos.

"De este modo yo podía recrearme contemplando objetos nuevos para mí—¡al fin, algo nuevo!— y me sumergía en su contemplación ávidamente. Consideraba cada pliegue de aquellos capotes hasta observar, por ejemplo, una gota de lluvia en el borde mojado de uno de los cuellos. Esperaba con una emoción que a usted quizá le parezca ridícula, para ver si aquella gota corría a lo largo del pliegue o se defendía aún mucho tiempo colgando del borde del cuello. Sí, yo miré ansiosamente aquella gota durante varios minutos que me parecieron siglos, como si de ella dependiera mi vida. Cuando al fin cayó, me puse a contar los botones visibles de cada uno de los capotes: ocho

en el primero, ocho en el segundo y diez en el tercero. Después comparé los galones de unos y otros. Mis ojos bebían con avidez hasta los más insignificantes detalles, pasando, repasando y deleitándose con una pasión que yo no puedo expresar con palabras.

"De pronto, la mirada se detuvo sobre una cosa distinta. Era algo que abultaba en el bolsillo de uno de los capotes. Me acerqué con precaución y creí reconocer, a través del paño tenso, el formato rectangular de un libro. ¡Un libro! Mis piernas comenzaron a temblar. ¡Un libro! Hacía cuatro meses que no había tenido ninguno en mis manos, y su simple representación me alborozaba. Un libro en el cual yo vería palabras alienadas unas al lado de otras, renglones, páginas, hojas que yo podría volver. Un libro en el que podría seguir otros pensamientos, pensamientos nuevos que me apartarían de los míos y que

podría conservar en mi cabeza cual hallazgo embriagador y calmante a la vez. Mis ojos se fijaron hipnotizados sobre el abultado bolsillo donde se dibujaba la forma del libro con una mirada tan ardiente que pretendía traspasar el paño del capote. No pude resistir la tentación y me aproximé un poco más. Ante la sola idea de palpar un libro, aunque fuese a través de la tela, mis dedos ardían. Casi sin darme cuenta, me acerqué un poco más aún.

"Afortunadamente, el centinela no prestó ninguna atención a mi extraña conducta. Tal vez encontrase natural que yo pretendiera apoyarme un poco en la pared después de haber permanecido en pie durante más de dos horas. Acabé por llegar hasta el lado mismo del capote y eché las manos a la espalda para poder tocarlo con cuidado y sin despertar sospechas. Palpé el paño y sentí, efectivamente el objeto rectangular, que era flexible y que crujía suavemente. ¡Un libro! ¡Era, sin duda alguna, un libro! Como un relámpago se presentó la idea en mi cerebro: "Trata de robar ese libro... Quizá lo consigas, y entonces podrás esconderlo en tu cuarto y leer, leer, leer al fin... ¡leer de nuevo!" Apenas aceptada, la idea comenzó a obrar sobre mí como un veneno violento; me zumbaban los oídos, el corazón latía furiosamente y las manos, heladas, no acertaban a obedecerme.

"Sin embargo, pasado el primer estupor, me estreché astutamente contra el capote, y siempre mirando con fijeza al centinela, logré subir poco a poco el libro hasta dejarlo casi fuera del bolsillo. Tomé el objeto en mi mano con precaución y noté que se trataba de un volumen no muy grueso. En aquel momento me sentí espantado de lo que acababa de hacer. Pero ya no podía dar marcha atrás. ¿Dónde lo metería ahora que ya era mío? Con las manos siempre a la espalda, deslicé el libro dentro del pantalón y muy suavemente lo fui empujando hasta que quedó sobre la cadera, de forma que pudiera sostenerlo mientras andaba con el brazo estirado encima de la costura, en correcta posición militar. Se trataba en aquel momento de poner a prueba mi astucia. Me aparté del perchero, di un paso, dos pasos, tres pasos... ¡La cosa marchaba! Conseguiría mantener el libro en su escondite si andaba siempre con el brazo bien pegado al cuerpo.

"Por fin llegó el momento del interrogatorio, que exigió de mí un esfuerzo más penoso que nunca, puesto que toda mi intención se concentraba en el libro y en la manera de sostenerlo más bien que en las preguntas y respuestas. Por fortuna, la audiencia fue; corta aquel día y conseguí llegar con el libro sano y salvo a mi cuarto. Pero no sin antes correr riesgos en el traslado. Mi tesoro se deslizó una vez a lo largo del pantalón mientras andábamos por el pasillo, y tuve que simular un fuerte acceso de tos a fin de agacharme y poder empujarlo discretamente hacia arriba. ¡Qué instante inolvidable aquel en que me encontré de nuevo en mi infierno, ¡Vaya paradoja!...¡Al fin, solo!, era que estaba en aquella preciosa e incomparable compañía!

"Usted se imaginará, sin duda, que yo saqué inmediatamente el libro de su escondite para contemplarlo y leerlo; pero no lo hice así. Quise, primero, saborear toda la alegría que me proporcionaba su sola presencia, y tardé un rato en verle por el placer exquisito de soñar en lo que podría contener. Deseaba; ante todo, que la letra fuese muy pequeña, pero muy pequeña y que los renglones fuesen muy apretados; que tuviese la mayor cantidad de texto posible sobre unas hojas muy finas, a fin de que yo pudiese leer mucho en él. Esperaba igualmente que se tratara de una obra muy difícil, que exigiese un

gran esfuerzo intelectual, o de algo que se pudiese aprender de memoria, como la poesía. Hasta llegué a acariciar el sueño temerario de que aquel libro estuviera escrito por Goethe u Hornero. En fin, llegó un momento en que no pude ya contener mi deseo y mi curiosidad. Tendido en la cama de forma que el vigilante, caso de que entrara, no pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, saqué tembloroso el libro, que aún permanecía escondido en mi pantalón.

El primer golpe de vista sufrí una cruel y amarga decepción. El libro que yo había escamoteado, corriendo los más graves peligros, el libro que había despertado en mí tan ardientes esperanzas, no era más que un manual de ajedrez, una recreación histórica de ciento cincuenta partidas jugadas por los más grandes maestros en la materia. Si en aquel momento no hubiese yo estado encerrado con llaves y cerrojos, es seguro que, en mi cólera desesperada, hubiera arrojado aquel libro por la ventana, porque... ¿Qué podría yo sacar de tan estúpido tratado? En mis tiempos de estudiante de bachillerato había ensayado, como la mayor parte de mis compañeros, mover peones sobre un tablero durante los días de aburrimiento. Pero ¿Cómo utilizar ahora aquella obra teórica? No se puede jugar al ajedrez sin contrincante, y menos aún sin tablero y sin piezas. Hojeé el volumen con mal humor, aunque con cierta esperanza de descubrir en él, a pesar de todo, algo que leer: un prólogo, unas instrucciones... ¡Nada! Aquel libro no contenía más que diagramas de partidas célebres, y debajo unos signos que me resultaron incomprensibles al principio: a2-a3, cfl-g3, y así sucesivamente. Me parecía aquello algo así como una especie de álgebra de la que no poseía la clave.

"Poco a poco fui comprendiendo que las letras a, b, c, designaban las líneas longitudinales, las cifras de 1 a 8 las transversales, y que éstas, coordinadas, permitían establecer la posición de cada pieza en el curso de la partida. Estas representaciones, puramente gráficas, constituían, pues, una forma de lenguaje. Quizá yo pudiese fabricar una especie de tablero y tratar de jugar con la mente aquellas partidas. Por fortuna, la colcha de mi cama era cuadrículada y, plegándola cuidadosamente, acabé por hacer de ella un damero de sesenta y cuatro escaques. Escondi amorosamente el libro en el colchón, después de arrancarle la primera página. Luego tomé de mi ración de pan un poco de miga y con ella modelé las piezas: un rey, una reina, un alfil..., y al fin todas las demás. Eran unas piezas uniformes y toscas, pero pude lograr, no sin trabajo, reproducir encima de mi colcha cuadrículada las posiciones que presentaba el manual.

"Sin embargo, cuando intentaba jugar fracasaba por completo a causa de mis ridículas piezas de miga de pan, que se confundían y embarullaban continuamente, puesto que no había logrado poner, -en las que debían ser negras, otra cosa que un poco de polvo a guisa de pintura. Cinco veces, diez veces, veinte veces me vi obligado a empezar de nuevo la primera partida. Pero ¿quién en el mundo disponía de más tiempo que yo en aquella esclavitud en que me tenía sumida la Nada? ¿Quién más ávido ni más paciente?

"Al cabo de seis días logré jugar ya correctamente aquella partida; ocho días después, las piezas de miga de pan no me eran ya necesarias para representarme las posiciones respectivas de los adversarios sobre el tablero, y pasados otros ocho días pude suprimir también la colcha cuadrículada. Los

signos al, c7'j, c8, que me habían parecido tan abstractos al principio, se concretaban al presente de modo automático en imágenes visuales. La transposición era completa: el tablero y las piezas se proyectaban en mi imaginación y las fórmulas del libro tomaban allí sus posiciones. Yo era como esos músicos muy ejercitados a los que basta echar una ojeada sobre una partitura para oír mentalmente en seguida los temas y las armonías que contiene. Necesité todavía otros quince días más para encontrarme en situación de poder jugar de memoria todas las partidas de ajedrez expuestas en el tratado, y entonces comprendí el don inapreciable que había supuesto para mí el robo audaz del libro. Porque ya podía dedicarme a una actividad, estéril si usted quiere, pero una actividad al fin y al cabo, que destruía el imperio que había llegado a ejercer la Nada sobre mi alma. Con aquellas ciento cincuenta partidas de ajedrez yo poseía un arma maravillosa contra la agobiadora monotonía del espacio y del tiempo.

"Para conservar el encanto de mi nueva ocupación, compartía metódicamente la jornada: dos partidas por la mañana, dos partidas por la tarde y una breve revisión de las cuatro por la noche. De este modo mi día estaba lleno, en lugar de arrastrarse con la inconsistencia de la gelatina, y yo estaba ocupado sin exceso, porque el juego de ajedrez posee la notable propiedad de no fatigar el espíritu y de aumentar, por el contrario, su agudeza y vivacidad. El jugador concentra todas sus energías intelectuales sobre un campo muy limitado, incluso cuando los problemas son arduos y difíciles. Al principio, yo había seguido metódicamente las indicaciones del libro, pero poco a poco aquello se convirtió para mí en un juego de inteligencia que me agradaba mucho. Aprendí las sutilezas, las astucias del ataque y de la defensa; dominé la técnica de la combinación y de la respuesta calculada. Pronto fui capaz de reconocer la manera de actuar característica de cada uno de los jugadores célebres con tanta seguridad como los entendidos en poesía reconocen a un poeta en tres o cuatro versos de sus obras. Lo que había empezado siendo para mí una manera de matar el tiempo, constituía ya una verdadera diversión, y las figuras de los grandes jugadores de ajedrez: Alekhine, Lasker, Bojoljubow, Tartakower..., se convirtieron en amables pobladores de mi soledad.

"La variedad animó en adelante mi cuarto mudo y la regularidad de los ejercicios devolvió su antigua firmeza a mis facultades intelectuales. Aquella disciplina del espíritu, muy exacta, les dotaba de una agudeza nueva, de la que se beneficiaron, en primer lugar, mis declaraciones en los interrogatorios. Sin sospecharlo yo mismo, el ajedrez había mejorado mis condiciones defensivas contra las fintas y los pérfidos recovecos, y desde entonces ya no volví a experimentar el menor desfallecimiento ante los jueces; hasta me parecía que éstos me miraban ya con un cierto respeto, porque quizá se preguntaban a sí mismos de dónde sacaba yo fuerzas para resistir tan firmemente, cuando todos los demás se derrumbaban uno detrás de otro. Aquel tiempo feliz, durante el cual hice sistemáticamente las ciento cincuenta partidas del manual, duró alrededor de tres meses. Pero una vez acabado, me encontré en punto muerto y sentí que iba a hundirme de nuevo en el vacío, en la Nada. Una partida de ajedrez jugada veinte o treinta veces carece ya del atractivo de la novedad y su virtud se agota. ¿Qué sentido tenía continuar, sabiéndomelo todo de memoria? El primer movimiento desencadenaba automáticamente los otros ya no había sorpresa, no había problema.

"Para devolverme a mí mismo aquella diversión, de la que ya no hubiera podido prescindir, me habría hecho falta un segundo volumen. Pero como en eso no podía ni pensarlo, no me quedaba más que una salida: inventar otras partidas que yo trataría de jugar conmigo mismo, o, mejor dicho, contra mí mismo.

"Yo no sé si usted ha reflexionado acerca del estado de ánimo en que nos sume este rey de los juegos. Como el azar no tiene ninguna participación en él, el atractivo del ajedrez consiste por entero en que dos cerebros se enfrenten, cada uno con su táctica. El interés de estas batallas intelectuales estriba en que el manipulador de las negras no sabe de qué forma va el otro a maniobrar con las blancas, y, por lo tanto, busca sin cesar el modo de adivinar sus intenciones para contrarrestarlas, mientras que, por su parte, el de las blancas trata igualmente de sacar a luz las intenciones de las negras para desarticularlas.

"Es evidente que si los dos bandos están representados por la misma persona, la situación resulta contradictoria. ¿Cómo puede un cerebro saber qué planes se propone jugando con las blancas y luego ignorarlos adrede, a fin de hacer sus respectivos planes con las negras? Un parecido desdoblamiento de la imaginación supone también un desdoblamiento completo de la conciencia y denota una extraña capacidad para aislar a voluntad ciertas funciones del cerebro, como si se tratase de un aparato mecánico. Pretender jugar al ajedrez contra sí mismo, supone algo así como querer andar sobre la propia sombra.

"Pues bien: durante semanas y semanas la desesperación y el miedo a la Nada me hicieron perseguir este tremendo absurdo. Las condiciones en que me encontraba me obligaban a intentar aquel desdoblamiento de mi intelecto entre un "yo" blanco-y un "yo" negro, si no quería ser aplastado de nuevo por el vacío horrible que ya me cercaba, amenazándome por todas partes.

EL señor B. cambió de postura en la silla y cerró un instante los ojos. Se hubiese dicho que arrojaba de sí, con gran esfuerzo, un recuerdo inoportuno. En la comisura de sus labios reapareció el tic que tanto me había impresionado. Después prosiguió:

—Hasta aquí creo que mi relato ha sido claro. Pero, desgraciadamente, no sé si lo que sigue lo será tanto. Porque la nueva tarea a la que me entregué exigía tal tensión de espíritu que me impedía todo control sobre mí mismo. Quizás habría tenido una probabilidad, aunque mínima, de salir adelante con mi empresa si me hubiese encontrado ante un tablero de verdad que me hubiera permitido, en cierto modo, proyectar las cosas en el espacio. Ante un tablero con verdaderas piezas que mover, puede darse un ritmo a las reflexiones, transportarse físicamente de un lado a otro de la mesa y considerar la situación unas veces desde el punto de vista de las negras y otras desde el punto de vista de las blancas. Pero por muy entrenado que yo estuviese en librar combates contra mí mismo, o, si usted lo prefiere, contra un "yo" proyectado en un espacio imaginario, era preciso que me representase claramente las posiciones sucesivas de las piezas, las posibilidades de cada uno de los adversarios y—por absurdo que esto parezca—era preciso también que yo viese clara y distintamente en mi espíritu seis, ocho, doce posiciones diferentes, a fin de calcular de antemano cuatro o cinco movimientos de cada uno de los adversarios que yo representaba por mí solo.

"Mi cerebro se repartía, por así decirlo, en cerebro blanco y cerebro negro, a fin de llevar el juego a un espacio abstracto y combinar las jugadas que exigía, en los dos campos, la táctica de la batalla. Pero lo más peligroso del asunto no era esta división de mi pensamiento en el interior de mí mismo, sino el hecho de que todo ocurriese mentalmente y de memoria, porque a cada momento corría el riesgo de perder pie y deslizarme así hacia el abismo.

"Cuando anteriormente yo estaba dedicado a rehacer las partidas del manual, lo que ejecutaba en definitiva no era más que una copia, y el ejercicio no exigía más esfuerzo de memoria que el que hubiera exigido el estudio de una breve tirada de versos o de unos pocos artículos del Código civil. Era una actividad limitada, disciplinada, una gimnasia mental provechosa y cómoda.

"Mis cuatro partidas diarias, dos por la mañana y dos por la tarde, representaban el deber cumplido, una especie de tarea que yo realizaba con gusto y sin demasiada emoción. El juego era para mí una forma de ocupación normal, y si me equivocaba o vacilaba en el curso de una partida, el libro me prestaba su apoyo. Aquella actividad me había resultado saludable, porque yo actuaba como espectador o mero realizador, sin poner en ella nada de mí mismo. Me resultaba indiferente que fueran las blancas o las negras quienes alcanzaran la victoria, puesto que eran Alekhine y Bojoljubow los que se disputaban el honor de ser campeones, y el placer que yo experimentaba era simplemente el del espectador o, todo lo más, del entendido que sabe apreciar las peripecias del combate, así como su belleza. Pero desde el momento en que me había propuesto jugar contra mí mismo, comenzó un terrible desafío. Las negras que yo era rivalizaban contra las blancas que yo también era, y cada una de ellas quería ganar. El pensamiento de lo que yo haría jugando con las blancas me producía verdadera fiebre cuando jugaba con las negras. Uno de los dos adversarios que vivían dentro de mí triunfaba y se irritaba a la vez cuando el otro cometía un error.

"Todo esto parece desprovisto de sentido y lo estaría, en efecto, si se hubiera tratado de un hombre normal que viviese en condiciones normales. Pero no olvide usted que yo había sido arrancado violentamente de mi marco de vida habitual y que era un cautivo inocente atormentado desde hacía meses por la soledad, un hombre en quien la cólera se había ido acumulando, sin que pudiese descargarla sobre nada ni sobre nadie. Ninguna distracción se me ofrecía para defenderme contra mí mismo, excepto aquel juego absurdo. Mi rabia y mi deseo de venganza se vertían allí furiosamente. Había dentro de mí un hombre que quería defender su derecho, pero tenía que habérselas siempre con el otro "yo" contra quien jugaba. En estas condiciones, las partidas de ajedrez me causaban una excitación de monomaniaco. Al principio, yo era aún capaz de jugar con calma, y hacía una pausa entre las partidas, a fin de descansar un poco, pero pronto mis nervios irritados no me dejaron ya ni un instante de reposo. Apenas había jugado con las blancas, cuando veía las negras erguirse frente a mí, temblorosas y estremecidas. Apenas había terminado una partida, cuando la mitad de mí mismo comenzaba a desafiar a la otra mitad, porque yo llevaba siempre dentro de mí un vencido que reclamaba el desquite.

"No sabría decirle a usted, ni siquiera aproximadamente, cuántas partidas jugué así, sumido en aquel insaciable extravío; quizá mil, quizá; dos mil. Estaba poseído por el juego y no podía ya defenderme de él. Durante todo el día yo no tenía en la cabeza más que "jaques" y "mates", no veía más

que peones, torres, reyes y alfiles. Todo mi ser, toda mi sensibilidad se concentraban sobre las casillas de un tablero imaginario. La alegría que antes experimentaba jugando se había convertido en un deseo violento, y el deseo en una irritación, una manía, un furor frenético que invadía mis días y mis noches. Ya no pensaba más que en el ajedrez, en los problemas del juego, en el movimiento de las piezas. Frecuentemente me despertaba en la noche, bañado en sudor, y advertía que, aun dormido, continuaba jugando. Si algunos seres humanos aparecían en mis sueños, se movían al mismo ritmo y del mismo modo que la torre, el caballo, el alfil...

"Durante los interrogatorios, mis ideas aparecían confusas. Tenía la impresión de haberme expresado muy oscuramente las últimas veces que comparecí, y observé que los jueces cambiaban entre sí miradas de asombro. En realidad, mientras me encontraba ante ellos, yo no atendía a la encuesta y únicamente aguardaba, con ávida desesperación, el momento de ser conducido de nuevo a mi cuarto, a fin de reanudar mi juego, mi juego de loco. Una partida, otra, otra... Toda• interrupción me importunaba, incluso el cuarto de hora que invertía el vigilante en barrer la habitación, incluso los dos minutos que le eran necesarios para dejarme la comida. Con frecuencia, la escudilla del almuerzo permanecía aún intacta, en la noche, cuando me traían la cena, porque absorto siempre en el juego, se me olvidaba que tenía que comer. No sentía hambre y sí solamente una sed espantosa, debida-, " sin duda, al juego febril y a las perpetuas reflexiones. Vaciaba de un trago la jarra de agua y Suplicaba al centinela que me trajese más, pero al instante tenía de nuevo la boca seca.

"Aquella excitación llegó finalmente a alcanzar un grado tal que no me permitía permanecer sentado ni un minuto. No podía hacer en absoluto ninguna otra cosa más que jugar, jugar sin descanso durante toda la jornada, marchando a través de la habitación sin detenerme, cada vez más rápidamente y con pasos más apresurados a medida que el final de la partida se aproximaba. La pasión de ganar, de vencer, de vencerme a mí mismo, se convertía poco a poco en una especie de furor; temblaba de impaciencia porque uno de los dos adversarios, a los que albergaba dentro de mí, actuaba siempre en forma más lenta con respecto al otro. Ambos se hostigaban entre sí, y, por ridículo que ello le parezca a usted, yo me abroncaba a mí mismo: "¡Vamos, vamos..., más de prisa!", cuando la respuesta no era todo lo rápida que mi otro "yo" exigía.

"Hoy sé, desde luego, que aquel estado de ánimo era ya patológico, y para diagnosticarle no encuentro otro nombre que el de "intoxicación de ajedrez", enfermedad que no figura todavía en el vocabulario de los médicos. Aquella monomanía acabó por envenenar mi cuerpo y mi alma. Adelgazaba; mi sueño se hizo agitado e intermitente; cuando despertaba, mis párpados pesaban como si fueran de plomo, y me costaba un enorme trabajo abrir los ojos. Me había quedado tan débil y mis manos temblaban de tal forma que no podía llevarme un vaso de agua a los labios más que a costa de grandes esfuerzos. Pero tan pronto como comenzaba una partida, me sentía galvanizado por una  *fuerza salvaje*, ¡lba y venía con los puños cerrados y oyendo, como a través de una niebla rojiza, mi propia voz, que gritaba en tono ronco y rabioso: "¡Jaque!... ¡Mate!"

"No podría explicarle a usted cómo se produjo la crisis. Lo único que sé es que una buena mañana me desperté de manera muy distinta a la habitual. Mi cuerpo estaba como liberado de mí mismo y se desperezaba suavemente en un agradable "confort". Un dulce cansancio, como no lo había conocido hacía varios meses, pesaba con suavidad sobre mis párpados, proporcionándome un vivo sentimiento de bienestar. Durante algunos momentos permanecí así, con los ojos cerrados, gozando de aquel agradable sopor, en la tibieza del lecho, con voluptuosa languidez. De pronto me pareció oír voces alrededor mío, voces humanas, cálidas, vivas, que pronunciaban frases sosegadas. Usted no puede imaginarse el encanto que significaba aquello para un pobre ser como yo, que no había oído desde hacía meses otra cosa que las duras y malévolas palabras de los jueces. "¡Tú sueñas!—me dije a mí mismo—. ¡Tú sueñas!... No abras los ojos, por favor; prolonga este sueño, porque si despiertas verás de nuevo la habitación maldita, la silla, el lavabo, la mesa y el eterno dibujo del papel de las paredes... ¡Tú sueñas!... Pero ¡continúa soñando!"

La curiosidad me venció, sin embargo. Lentamente, prudentemente, abrí los ojos. ¡Oh maravilla! Me encontraba en otra habitación, una habitación más espaciosa que aquella maldita del hotel. La luz entraba libremente por una ventana sin rejas, y a través de ella se veían árboles verdes en lugar de aquel siniestro muro. Los muebles eran blancos y brillantes; blanca también era la colcha que me cubría. Sí, verdaderamente, yo estaba en otra cama, una cama desconocida. No era un sueño. Las voces humanas seguían sonando dulcemente junto a mí. El descubrimiento debió agitarme violentamente, porque en seguida oí que alguien se aproximaba. Una mujer venía hacia mí. ¡Una enfermera con una cofia blanca! Me estremecí alborozado: hacía un año que no veía una mujer. Sin duda, miraba yo aquella graciosa aparición con ojos extasiados y ardientes, porque la enfermera me dijo:

"—Esté tranquilo. Muy tranquilo.

"Yo escuchaba el sonido de aquella voz, que me parecía más de ángel que de criatura humana. Resultaba delicioso pensar que aún quedaban sobre la tierra gentes que no eran jueces, ni torturadores, ni vigilantes; que había, ¡oh milagro!, personas como aquella mujer de la voz dulce, cálida, tierna. Contemplé ávidamente la boca que acababa de hablarme con tanta bondad, porque durante aquel año de encierro me había olvidado de que la bondad puede existir entre los hombres. Ella me sonrió; sí, sonreía... ¡Quedaban aún gentes que sonreían en el mundo!... Después puso uno de sus dedos sobre mis labios y, finalmente, se alejó sin hacer ruido.

"¿Cómo hubiera podido obedecerla? Hice, por el contrario, enérgicos esfuerzos para sentarme en la cama, a fin de poder seguirla con los ojos para contemplar aún aquella criatura milagrosa y benévola. Quise ayudarme con las manos, pero éstas no me obedecían. La derecha había desaparecido por completo dentro de una especie de grueso paquete blanco, un vendaje atroz. Yo lo contemplé primero con aturdimiento; después fui comprendiendo, poco a poco, dónde estaba, y me puse a reflexionar sobre lo que podía haberme ocurrido. Me habían herido, sin duda, o bien me había herido yo mismo en la mano. Y me encontraba en el hospital.

"Por la tarde recibí la visita del doctor, que era un anciano, muy amable. Mi nombre no le era desconocido, y me habló con tanto respeto de mi tío, el médico del Emperador, que noté en seguida que aquel viejecito me quería bien. En el curso de la conversación me hizo toda clase de preguntas, entre las que una, sobre todo, me llamó la atención. Me preguntó si yo era matemático o químico. Le respondí que no.

"—¡Es curioso!—murmuró—. ¡Durante el delirio pronunciaba usted unas fórmulas tan extrañas!... C3, C4... ¡Nadie comprendía una palabra!

"Yo inquirí, a fin de averiguar qué era lo que me había ocurrido. El médico sonrió de un modo muy extraño.

"—Nada grave. Una crisis nerviosa — y agregó en voz muy baja, después de echar una prudente mirada alrededor nuestro—, muy comprensible, desde luego. Usted estaba encerrado allí desde el 30 de marzo, ¿no es eso?

"Respondí que sí con la cabeza.

"—¡No es extraño!—insistió el doctor—. Ni es usted el primero a quien esto ocurre. Pero no se preocupe.

"Por la forma en que me miraba y deslizaba en mi oído aquellas palabras, comprendí que había caído en buenas manos.

"Dos días más tarde el excelente doctor me contó con toda franqueza lo que me había pasado. El vigilante me oyó gritar muy fuerte en mi cuarto y creyó al principio que alguien se había metido allí y se peleaba conmigo. Pero apenas apareció en la puerta, yo me precipité sobre él gritándole: "¡Anda ya, pillo, holgazán!" Parece que le agarré por el cuello con tanto ímpetu que se vio obligado a pedir socorro. Mientras me llevaban a que me viera el médico, yo logré soltarme y, presa de una rabia frenética, me arrojé contra una de las ventanas del corredor. Rompí el cristal y me hice una profunda herida en la mano. Vea usted aquí la cicatriz. Estaba atacado de una violenta fiebre cerebral cuando me trasladaron al hospital, pero no tardé en recobrar el uso completo- de los sentidos.

"—Naturalmente, yo no diré a "esos señores" que usted está mejor—añadió dulcemente mi Esculapio—. Serían capaces de volver a encerrarle allí. Confíe en mí. Haré todo lo que esté en mi mano para sacarle del mal paso.

"Ignoro por completo el informe que aquel inapreciable amigo presentó a mis verdugos, pero el hecho fue que obtuvo lo que se había propuesto: mi liberación. Tal vez me hizo pasar por un irresponsable o, tal vez, mi persona no ofrecía ya el menor interés a la Gestapo, puesto que Hitler acababa de ocupar Checoslovaquia y la situación de Austria aparecía a sus ojos como totalmente liquidada. Yo me comprometí por escrito a abandonar mi patria quince días más tarde y durante aquellos quince días estuve tan ocupado en las mil formalidades necesarias hoy para realizar un viaje al extranjero—papeles militares, papeles policíacos, pasaportes, visados, certificados médicos—, que no me quedó apenas tiempo para pensar en el pasado. Parece también que existen en nuestro cerebro misteriosas fuerzas reguladoras que apartan espontáneamente todo lo que puede perjudicar con exceso el alma; porque, cada vez que yo trataba de pensar en los meses de cautiverio, la memoria me fallaba. Hasta muchos días más tarde, cuando ya me encontraba a bordo de este barco, no me fue, posible repasar los acontecimientos que le acabo de referir.

"Comprenderá usted ahora por qué me comporté en aquella forma tan incongruente hacia sus amigos. Me paseaba al azar por el salón de fumar

cuando vi a aquellos señores sentarse ante el tablero de ajedrez. Una especie de escalofrío de asombro me dejó clavado en el sitio, porque yo había olvidado por completo que se puede jugar al ajedrez ante un tablero de verdad, con piezas palpables. Había olvidado también lo que es un juego en el que dos personas distintas se instalan en una mesa frente contra frente. "En verdad, me fueron necesarios algunos minutos para percatarme de que los jugadores que veía allí jugaban al mismo juego que yo en mi celda cuando me esforzaba desesperadamente por jugar contra mí mismo. Las cifras a las que yo me había acomodado en la época de cautiverio durante mis esforzados ejercicios, no eran, pues, más que los símbolos de las piezas que ahora veía. La sorpresa que experimentaba, al ver que el movimiento de las figuras sobre el tablero correspondía al de mis piezas imaginarias, corría parejas con la del astrónomo que ha determinado la existencia de un planeta por medio de cálculos matemáticos y que advierte de pronto que el planeta está en el cielo, bajo la forma de una substancial y brillante estrella. Como hipnotizado miraba" el tablero, sobre el que podía contemplar mis diagramas concretados por un caballo, una torre, el rey, la reina y peones verdaderos. Para hacerme cargo de las posiciones respectivas de los adversarios, me vi obligado a transportar el mundo abstracto de mis cifras al de las piezas que se manejaban bajo mis ojos. Poco a poco, la curiosidad se apoderó de mí. Olvidando entonces toda cortesía, intervine, sin yo mismo darme cuenta, en el juego. El error que iba a cometer su amigo me afectó como un golpe en mi corazón. Con un gesto instintivo, sin reflexionar, le agarré por el brazo, como se agarra al niño que se inclina por encima de una barandilla. Hasta mucho más tarde no me di cuenta de la grosera inconveniencia de mi conducta.

Yo me apresuré a tranquilizar al señor B., diciéndole que tanto mis amigos como yo nos felicitábamos por aquel azar que nos había permitido conocerle, añadiendo que, por mi parte, sentía doble impaciencia por asistir al improvisado torneo del día siguiente después de haber escuchado su relato. El señor B. pareció entonces preocupado.

—No se haga usted demasiadas ilusiones. Por mi parte, no trato más que de ponerme a prueba. Sí, yo querría... yo querría saber si soy capaz de jugar una partida de ajedrez corriente sobre un verdadero tablero, con verdaderas piezas y contra un adversario real..., porque me queda todavía alguna duda a este respecto. ¿Eran verdaderamente reglamentarias las mil partidas que yo he jugado contra mí mismo? ¿Se trataba, por el contrario, de un juego-sueño, como ocurre cuando se tiene fiebre, uno de esos sueños fantásticos en el que con frecuencia se saltan los escalones indispensables de la realidad? Me imagino que ustedes no pretenderán seriamente que yo mida mis armas con un campeón mundial y que le ponga fuera de combate. Lo único que me interesa en este desafío es saber, de una vez para siempre, si yo jugaba en realidad al ajedrez en aquel maldito cuarto de hotel o si estaba ya loco entonces, es decir, si me encontraba a uno o a otro lado de la zona peligrosa. A mis ojos, éste es el fin único de la partida que se avecina.

En aquel mismo momento el gong nos llamó para la cena. Nuestra entrevista había durado casi dos horas. Yo he abreviado mucho el relato que me hizo el

señor B., a quien agradecí calurosamente sus confidencias antes de despedirme.

No había abandonado aún el puente, cuando advertí que el señor B. corría detrás de mí. Cuando nos reunimos nuevamente, añadió con un nervosismo que le hacía tartamudear:

—Permítame aún una palabra. No querría aparecer como incorrecto una segunda vez. ¿Me haría usted el favor de decir a esos señores que no jugaré, en ningún caso, más que una sola partida? Será el punto final puesto a una vieja historia..., una conclusión definitiva. No deseo, en ningún caso, verme cogido de nuevo por la pasión febril, por el delirio de jugar... Me estremezco solamente al pensar que puedo verme otra vez como me vi y..., por otra parte, el doctor me lo prohibió terminantemente. Un hombre que ha sido víctima de una manía, puede caer de nuevo en ella incluso si está completamente curado... Vale más no aproximarse a un tablero cuando se ha estado intoxicado como yo lo estuve. ¡Usted me comprende...! Jugaré una última y definitiva partida para saber a qué atenerme, y eso será todo.

-Al día siguiente, a las tres en punto, todos estábamos reunidos en el salón de fumar. Dos oficiales de a bordo aficionados al ajedrez habían pedido un permiso especial para asistir al torneo y se habían sumado a nosotros. Esta vez Czentovic no se hizo esperar y en seguida comenzó la partida memorable, en la que un oscuro compatriota mío hacía frente al ilustre Campeón mundial. Yo lamento que aquella partida se desarrollase ante espectadores tan incompetentes y que, por esta razón, quedase perdida para los anales del ajedrez, como quedaron perdidas para la historia de la música las improvisaciones de Beethoven al piano. Nosotros tratamos, sin embargo, de reconstituir la partida de memoria al día siguiente, pero no logramos nuestros propósitos. Los jugadores nos habían interesado mucho más que el juego mismo y no podíamos recordar sus múltiples avatares y peripecias.

El contraste intelectual que formaban los dos rivales se iba expresando cada vez más en sus actitudes respectivas en el curso de la partida. Tieso y rutinario, inmóvil como un tocón, Czentovic no quitaba ojo del tablero; el hecho de reflexionar representaba un esfuerzo físico que exigía una concentración de todo su ser. El señor B., por el contrario, aparecía perfectamente natural y libre en sus movimientos. Era un "diletante", en el más bello sentido de la palabra, que no veía en el juego más que el placer que causaba. Nos daba, con la mayor desenvoltura, toda clase de explicaciones entre jugada y jugada, encendía un cigarrillo con mano ligera y solamente miraba el tablero un minuto antes de mover la pieza. Parecía tener siempre previstas las intenciones del adversario.

Al comienzo todo fue muy de prisa, y únicamente al séptimo u octavo movimiento la batalla pareció dibujarse según un plan preciso. Czentovic reflexionaba más lento y por este signo comprendimos que la lucha estaba ya seriamente entablada. Pero debo, en verdad, decir que para nosotros, novicios, el torneo resultaba más bien desilusionante. Cuanto más formaban las piezas sobre el tablero sus extraños arabescos menos penetrábamos nosotros en su sentido oculto. No podíamos aprehender las intenciones de los adversarios ni dilucidar cuál de ellos llevaba ventaja al otro. Veíamos solamente que ambos movían las piezas como los generales mueven las tropas para tratar de abrir brecha en las líneas enemigas, pero no acertábamos a comprender los fines

estratégicos de aquellos movimientos, porque unos jugadores tan expertos combinan y preveen los movimientos con mucha anticipación.

A nuestra ignorancia se añadía, poco a poco, una fatiga que provenía, sobre todo, de los largos minutos de reflexión que se tomaba siempre Czentovic. Aquella lentitud irritaba visiblemente a mi compatriota. Yo observé, no sin cierta preocupación, que éste se sentía cada vez más agitado. Encendía nervioso un cigarrillo tras otro o tomaba notas con rapidez. Luego comenzó a pedir botellines de agua mineral, que bebía precipitadamente. Era indudable que el señor B. calculaba sus jugadas cien veces más de prisa que Czentovic. Cuando este último se decidía al fin, después de interminables reflexiones, a mover una pieza con su tosca mano, mi compatriota sonreía con el aire de quien tiene prevista la maniobra desde mucho tiempo antes, y respondía en seguida sin vacilar. Su cerebro trabajaba tan de prisa que debía conocer ya todas las posibilidades del adversario. Así, cuanto más tardaba Czentovic en decidirse más aumentaba la impaciencia del otro. Durante la espera sus labios tomaban una expresión de contrariedad casi hostil.

Pero Czentovic no se dejaba impresionar por tan poca cosa. A medida que las piezas se hacían más escasas sobre el tablero, sus reflexiones se prolongaban sombrías y mudas. Hacía ya dos horas y tres cuartos que la partida había comenzado y los rivales sólo habían hecho cuarenta y dos movimientos. Nosotros los seguíamos con miradas vagas y fatigosas. Uno de los oficiales de a bordo se había marchado, el otro leía un libro y apenas echaba un vistazo distraído al tablero cuando uno de los dos rivales iba a mover la pieza. De pronto, en el momento, precisamente, en que le tocaba jugar a Czentovic, se produjo una cosa imprevista. El campeón tenía la mano puesta sobre el caballo para hacerle avanzar, cuando el señor B., al verle, se recogió sobre sí mismo como un gato dispuesto a saltar sobre un ratón. Comenzó a temblar de modo impresionante, empujó la reina con gesto seguro y gritó, triunfante:

—¡Ya está! ¡Asunto liquidado...!

Se echó hacia atrás, cruzó los brazos sobre el pecho y arrojó sobre Czentovic una mirada de Desafío luminosa y ardiente.

Todos nos inclinamos sobre el tablero para seguir aquella maniobra tan victoriosamente anunciada. A primera vista no se percibía ningún signo amenazador. La exclamación de nuestro amigo debía referirse a un desenvolvimiento ulterior de la situación que nosotros, aficionados mediocres, no podíamos todavía calcular. Czentovic era el único entre todos que parecía no haber dado importancia a aquel anuncio de su contrincante, y permanecía imperturbable como si no hubiese oído. Nada ocurrió. El reloj puesto sobre la mesa para medir el intervalo entre dos jugadas hacia "tic-tac" en medio de un silencio impresionante. Pasaron tres minutos, luego siete, luego ocho... Czentovic continuaba sin moverse, pero me pareció que el esfuerzo ensanchaba aún más las ventanas de su gruesa nariz.

La espera se hacía intolerable para el señor B. y para nosotros. No pudiendo resistir, más, nuestro amigo se levantó de un salto y se puso a pasear por el salón de un lado a otro, lentamente primero y luego cada vez con más rapidez. Todos le miraban un poco asombrados, y, en cuanto a mí, me sentí invadido por la mayor inquietud. Acababa de advertir que, a pesar de la violencia con que marchaba, sus pasos medían siempre el mismo espacio, que no era, ni mucho menos, todo el ancho del salón. Se hubiera dicho que una barrera le

detenía y le obligaba a volver sobre sus pisadas. Me estremecí al comprender que el señor B. rehacía, sin proponérselo, el mismo número de pasos que en su cuarto del hotel. Sí, era exactamente de este modo como debió pasearse durante meses como una fiera en su jaula, con las manos crispadas y los hombros encogidos, mientras que se encendía en su mirada fija y febril la roja luz de la locura. En aquel momento conservaba aún toda su presencia de ánimo, puesto que se volvía de tiempo en tiempo con impaciencia del lado de la mesa para ver si Czentovic se había decidido.

Nueve o diez minutos transcurrieron así. Lo que pasó en seguida no se lo esperaba ninguno de nosotros. Czentovic levantó lentamente su tosca mano y todos miramos ansiosos para ver qué era lo que iba a hacer. Pero Czentovic no jugó. Con el revés de, la mano rechazó las piezas del tablero, sin que comprendiéramos de momento que aquello significaba el abandono de la partida, la capitulación antes de que sobreviniera un "jaque" ante todo el mundo seguido del "mate" inevitable. Lo inverosímil se había producido. Un campeón mundial, vencedor en innumerables torneos, acababa de arriar su pabellón ante un desconocido, un hombre que no había visto un tablero ni tocado una pieza desde hacía veinte o veinticinco años. Nuestro amigo anónimo había vencido al primer jugador del mundo entero en un torneo público. Estábamos tan emocionados que, sin darnos cuenta, nos levantamos todos. Cada uno de nosotros experimentaba el sentimiento de que debía hacer o decir algo para dar libre curso a su feliz estremecimiento. El único que no se movió fue Czentovic. Al cabo de un buen rato levantó la cabeza y dirigió a nuestro amigo una mirada dura.

—¿Otra partida?—preguntó secamente. —¡Pues claro!—respondió el señor B. con un entusiasmo que produjo mala impresión, y sentóse antes de que yo hubiera podido recordarle su firme propósito anterior de no jugar más que una vez.

Con precipitación febril colocó las piezas en el tablero. Sus dedos temblaban de tal forma que por dos veces un peón se escapó de entre ellos y rodó por el entarimado de la habitación. El malestar que me producía aquel nervosismo de mi compatriota se convirtió en angustia. El hombre tranquilo y apacible que la víspera me había contado su desventura había cambiado por completo. El tic nervioso estremecía constantemente la comisura de su boca y todo su cuerpo temblaba como sacudido por una fiebre súbita. —¡Basta! ¡No siga usted jugando!—le dije al oído dulcemente—. Ya es bastante por hoy. Está usted muy fatigado.

—¿Fatigado? ¡Qué va!—respondió riendo con estrépito—. Hubiera podido jugar diecisiete partidas si no fuera por la lentitud con que jugamos. Lo que me cansa es prestar atención jugando tan despacio. ¡Vamos! A usted le toca empezar...

Estas últimas palabras, pronunciadas en tono violento, casi grosero, iban dirigidas a Czentovic, quien dirigió a su adversario una mirada tranquila y calculada, pero dura como un puñetazo. Entre los dos jugadores se había creado una peligrosa tensión, un odio apasionado. No eran ya dos rivales en el juego que trataban de medir sus fuerzas divirtiéndose al par que se divertían, sino dos enemigos que habían jurado aniquilarse recíprocamente. Czentovic dejó pasar mucho tiempo antes de mover la primera pieza y

yo tuve la impresión de que lo hacía adrede, porque había comprendido que su lentitud fatigaba e irritaba al otro. Era un táctico bien entrenado que se aprovechaba de los fallos morales del adversario.

Al cabo de cuatro minutos interminables abrió el juego de la manera más sencilla y más corriente, haciendo avanzar el peón que protege al rey. El señor B. respondió en seguida con el mismo peón, y luego Czentovic adoptó de nuevo su exasperante postura. Nosotros esperábamos con el corazón palpitante, como se espera el trueno después de un cegador relámpago y se adivina que el trueno tardará todavía. Czentovic no se movió. Lento, tranquilo, reflexionaba y yo me convencía cada vez más de que su lentitud era calculada y malsana. Me dediqué entre tanto a contemplar al señor B., quien había bebido ya tres vasos de agua. Recordaba su relato y aquella sed ardiente que, según me dijo, había experimentado durante su cautiverio. El desgraciado presentaba todos los síntomas de una excitación anormal. Su frente aparecía perlada de sudor y la cicatriz de la mano se hacía más roja y más evidente. Hasta aquel momento había permanecido dueño de sí, a pesar de todo, pero al cuarto movimiento, cuando Czentovic se hundió de nuevo en su meditación interminable, mi compatriota no pudo resistir más y estalló:

—Pero... ¿Qué hace usted? ¡Juegue!... Juegue... ¡Por los clavos de Cristo!

Czentovic levantó hasta él su mirada fría como un cuchillo.

—Si no recuerdo mal, habíamos fijado en diez minutos el tiempo de intervalo entre dos jugadas. Por principio, yo no juego con más rapidez. Nadie puede obligarme.

El señor B. se mordió los labios. Tenía cruzada una pierna sobre otra y su pie comenzó a balancearse bajo la mesa cada vez más de prisa. A la octava jugada se produjo un nuevo incidente. El señor B., que soportaba aquellas esperas cada vez con más impaciencia, no pudo contenerse por más tiempo. Se inclinó primero hacia delante, luego hacia atrás y comenzó a tamborilear involuntariamente con los dedos sobre la mesa. Czentovic levantó su gruesa cabeza.

—¿Puedo rogarle que no haga ese ruido con los dedos? ¡Me molesta! No me es posible jugar con ruido.

El señor B. dejó escapar una risita sarcástica.

—¡Ya, ya...! ¡Me había dado cuenta!

Czentovic enrojeció.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó de mala manera.

El señor B. siguió riendo con una risa seca y amarga.

—¡Oh..., nada! Simplemente que es usted muy nervioso.

Czentovic agachó la cabeza y permaneció en silencio. Dejó pasar siete minutos antes de mover la pieza y la partida continuó arrastrándose dentro de aquel ritmo mortal. El campeón parecía cada vez más petrificado y ya eran diez minutos los que se tomaba antes de adoptar una decisión. La conducta de su rival se hacía cada vez más extraña. Parecía haber olvidado la partida en curso para ocuparse de otra cosa distinta. Había cesado de pasearse por la habitación y ahora permanecía sentado, inmóvil sobre la silla, mirando al vacío y murmurando palabras incoherentes. No podía apreciarse bien si era que se entregaba a combinaciones interminables o si, como yo sospechaba, estaba jugando ya, él solo contra sí mismo, otra partida distinta. El caso era que cuando le llegaba el turno de jugar teníamos nosotros que recordárselo y

traerle de nuevo a la realidad. Un instante le bastaba para orientarse. Sin embargo, yo estaba cada vez más convencido de que nos había olvidado a todos, incluso a Czentovic, y que era ya víctima de una crisis de demencia fría que podría estallar de un momento a otro violentamente.

La cosa se produjo, en efecto, al llegar a la jugada diecinueve. Apenas Czentovic había movido la pieza, cuando el señor B. empujaba ya su alfil tres casillas más lejos sin mirar siquiera el tablero y gritando de un modo que nos hizo estremecer:

—¡Jaque! ¡Jaque al rey!

Todos nos inclinamos sobre el tablero buscando la explicación. Pero nadie esperaba que ocurriera lo que ocurrió al cabo de un minuto. Lentamente, muy lentamente, Czentovic alzó la cabeza y nos miró a todos, uno por uno, cosa que nunca había hecho. Vimos cómo nacía en sus labios una sonrisa burlona y satisfecha, reveladora de un gran placer interior. Cuando hubo gozado plenamente de aquel triunfo, todavía incomprendible para nosotros, dijo con voz campanuda y con una afectada cortesía:

—Lo siento amigo, pero ¿Cómo mi rey puede estar en jaque?. ¿Alguno de los presentes lo ve?

Examinamos la-situación y luego nuestras miradas intranquilas se volvieron hacia el señor B. El rey de Czentovic estaba enteramente cubierto por un peón—cualquier profano hubiera podido darse cuenta de ello—y no había, pues, tal jaque al rey. ¿Había movido nuestro fogoso amigo, sin darse cuenta, alguna pieza al revés? El silencio general le volvió en sí. Examinó el tablero a su vez y comenzó a decir, tartamudeando de un modo penoso:

—Pero ese rey debe estar en f7... ¡No, no está en su sitio, de ninguna manera! ¡Ustedes se equivocan...! ¡Todo es falso en este tablero!... Ese peón está en g5 y no en g4. Es otra partida..., es... .

Se detuvo con brusquedad. Yo le había agarrado ya por el brazo tan fuertemente que, a pesar de su extravío, había sentido el dolor. Se volvió y me miró con ojos de sonámbulo:

—¿Qué pasa...? ¿Qué es lo que usted quiere?

—¡*Remember!*—le dije muy despacio, pasando el dedo sobre la cicatriz de su mano.

Él siguió mis movimientos y sus ojos se endurecieron al fijarse sobre la línea roja. De pronto, un estremecimiento sacudió todo su cuerpo.

—¡Por el amor de Dios!—suplicó mientras sus labios se ponían blancos—. ¿He hecho o dicho alguna insensatez? ¿Estoy de nuevo...?

—No, no...—le dije dulcemente—. Pero le suplico que deje de jugar en seguida. Aún está a tiempo. Acuérdesse de lo que dijo el médico.

El señor B. se levantó de un salto.

—Perdone mi estúpido desprecio—dijo inclinándose ante Czentovic con toda cortesía—. Lo que acabo de decir es un absurdo. Usted es quien gana.

Luego se volvió hacia nosotros:

—También a ustedes tengo que pedirles perdón, señores, aunque ya les había prevenido, a fin de que no esperaran gran cosa de mi ciencia. Disculpen este incidente ridículo... ¡Nunca más probaré a jugar al ajedrez!

Se inclinó aún una vez más y salió de la misma manera misteriosa y discreta que se nos había aparecido. Yo era entre todos el único que sabía por qué aquel hombre no volvería jamás a aproximarse a un tablero. Los otros que-

daban allí, con la conciencia vaga de haber escapado á “no sabían qué peligroso asunto”.

—*Damned fool*—gruñó Mac Connor, decepcionado.

Czentovic fue el último que abandonó el asiento. Antes de alejarse dirigió una mirada sobre la partida sin terminar.

—¡Qué lástima!—dijo magnánimo—. La cosa no estaba mal del todo. Para no ser más que un aficionado..., ¡Ese señor tiene grandes condiciones...!

-----

Stefan Zweig